

ITEPAL
Instituto Teológico Pastoral
para América Latina - CELAM
BIBLIOTECA

ENSEÑANZAS DE JUAN PABLO II

CONTENIDO

1.	ANUNCIO DE LA VISITA A MEXICO	1
2.	ASPECTOS GENERALES	
2.1.	Líneas Programáticas	5
2.2.	Homilía en la inauguración oficial de su Pontificado	15
3.	DIPLOMACIA	
—	Alocución al Cuerpo Diplomático	25
4.	INFORMACION	
—	Diálogo con los periodistas y los operadores audiovisuales sobre la tarea de información	29
5.	JOVENES	
—	Alocución a los Jóvenes	33
6.	JUSTICIA	
—	Discurso a la Pontificia Comisión de Justicia y Paz	37
7.	OBREROS	
—	Discurso a diversos grupos de obreros italianos	43
8.	ONU	
—	Mensaje a la Organización de las Naciones Unidas	47
9.	ORACION	
—	La Oración, tarea principal del Papa y de la Iglesia	53
10.	PAZ	
—	Mensaje para la celebración de la Jornada de la paz	57

11. SACERDOTES	
— Orientaciones doctrinales, pastorales y disciplinares a los Sacerdotes	69
12. SEMINARISTAS	
— Encuentro "Eucarístico" con los Seminaristas	77
13. VIDA RELIGIOSA	
13.1. Encuentro con las Religiosas	81
13.2. Discurso a las Superiores Generales	87
13.3. Discurso a los Superiores Mayores	92
14. VIRGEN MARIA	
— La Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre de la Iglesia	99

1. ANUNCIO DE LA VISITA A MEXICO

El Papa Juan Pablo II en su discurso a los Cardenales y Prelados de la Curia Romana, pronunciado el 22 de Diciembre de 1978, anunció su viaje a México para la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y su peregrinación al Santuario de la Virgen de Guadalupe. De dicho discurso ofrecemos la parte pertinente.

... 4. Y ahora deseo confiaros algunas noticias cual alegres primicias de iniciativas y de acontecimientos, diversos entre sí, pero todos demostrativos de la multiforme presencia y actividad de la Santa Iglesia .

a) La primera noticia es que, a finales del próximo enero, me propongo ir —si Dios quiere— a México, para participar en la *III Asamblea General del Episcopado Latinoamericano*, que tendrá lugar —como sabéis— en Puebla de los Angeles. Este es un acontecimiento de grandísima importancia eclesial, no sólo porque en el vasto continente de América Latina, llamado el "Continente de la esperanza", están presentes en neta mayoría los fieles católicos, sino también por razón del interés especial y, más todavía de las grandes esperanzas que se centran en aquella reunión, y que será un auténtico mérito histórico para los obispos, que rigen aquellas Iglesias antiguas y nuevas, transformar en consoladoras realidades. Pero antes de ir a la sede de la Conferencia, haré una parada en el célebre santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. En efecto, de allí deseo extraer el superior confort y el necesario impulso —casi los buenos augurios— para mi misión de Pastor de la Iglesia y, particularmente, para mi primer contacto con la Iglesia en América Latina. El punto esencial del deseadísimo encuentro con esa Iglesia será precisamente esta peregrinación religiosa a los pies de la Santa Virgen, para venerarla, para implorarle, para pedirle inspiración y consejo para los hermanos del entero continente.

**EL PAPA ANUNCIA SU PEREGRINACION AL SANTUARIO
DE LA VIRGEN DE GUADALUPE EN MEXICO Y SU
PARTICIPACION EN LA CONFERENCIA DE
PUEBLA DE LOS ANGELES**

Es un gozo para mí afirmar todo esto en la vigilia de la Navidad, en el momento en que todos —Pastores y fieles— nos reunimos en torno a la Madre que, como dio un día al mundo a Jesús Salvador en la gruta de Belén, así lo da todavía hoy a nosotros en la fecundidad inagotable de su virginal y espiritual maternidad. Que mi presencia en su hermoso santuario en tierra mexicana pueda contribuir a obtener nuevamente a Cristo de Ella, por medio de Ella como Madre, no sólo para el pueblo de aquella misma tierra, sino para todas las naciones de América Latina.

**LA III ASAMBLEA GENERAL DEL
EPISCOPADO LATINOAMERICANO**

En cuanto al tema asignado a la Conferencia de Puebla, vosotros ya los conocéis, así como las sabías indicaciones contenidas en el documento preparatorio, elaborado por el CELAM: "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina". Pues bien, la importancia de este tema, sus implicaciones teológicas, eclesiológicas y pastorales, doctrinales y prácticas, la amplitud misma del área en que será necesario aplicar todas las resoluciones concretas, son tan evidentes que no hace falta explicar el porqué de mi decisión. Como ya Pablo VI quiso estar presente en la II Asamblea durante el Congreso Eucarístico Internacional de Bogotá, así estaré yo entre los hermanos allí reunidos para la nueva Asamblea, a fin de testimoniar a ellos y a sus sacerdotes y fieles la estima, la confianza, la esperanza de la Iglesia universal, y acrecentar su valentía en el común empeño pastoral. Alguien ha dicho que el futuro de la Iglesia "se juega" en América Latina. Si bien, en el plan general, este futuro está escondido en Dios según un designio suyo, que va más allá de los proyectos humanos y los condicionamientos histórico-sociales (cf. Rom 11,33; Act 16, 6-9), aquella frase contiene su verdad porque hace ver hasta qué punto es solidaria la suerte de la Iglesia en

el continente centro y sudamericano con la de la única e indivisa Iglesia de Cristo. Vaya, pues, desde ahora a aquella distinguida Asamblea mi saludo y mejores deseos...

2. ASPECTOS GENERALES

2.1. LINEAS PROGRAMATICAS

El día 17 de Octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II dirigió a la Iglesia y al mundo su primer mensaje.

Venerables hermanos nuestros, amados hijos de la Santa Iglesia, y todos vosotros hombres de buena voluntad, que nos escucháis.

RECUERDO DE PABLO VI Y JUAN PABLO I

Solamente una palabra, entre otras muchas, nos viene inmediatamente a los labios al presentarnos a vosotros, después de nuestra elección para la Cátedra de San Pedro: es una palabra que —por el claro contraste de nuestras limitaciones como persona humana— hace resaltar la inmensa carga y función que se nos ha confiado: “¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus caminos!” (Rom. 11,33). En verdad, después de la muerte del Papa Pablo VI, cuyo recuerdo siempre nos acompaña, ¿quién podría prever también la inesperada muerte de su amabilísimo sucesor Juan Pablo I? ¿Y cómo podríamos Nos mismo prever que la formidable herencia de ambos iba a recaer sobre nuestros hombros? Por eso hemos de reflexionar sobre el misterioso designio de Dios, providente y bueno, no ya para entenderlo, sino más bien para adorarle y dirigirle nuestras peticiones. Sentimos, por eso, el deber de repetir las palabras del Salmista, que, levantando los ojos al cielo, exclamaba: “De dónde me vendrá el auxilio? Mi auxilio me viene del Señor” (Sal 120, 1-2).

LA ALOCUCION PROGRAMATICA DEL PAPA LUCIANI

Los mismos sucesos imprevistos, que unos tras otros han tenido lugar en tan breve espacio de tiempo, y la insuficiencia con que podemos responder a tantas esperanzas, no sólo nos empujan a dirigir nuestro pensamiento al Señor y a confiar totalmente en El, sino

que también nos impiden describir un programa del Sumo Pontificado, que nazca de una larga reflexión y cuidada elaboración. Pero para suplir lo que nos falta, tenemos ya a mano una cierta compensación, que ella misma es signo de la confortante presencia de Dios.

Ha pasado poco más de un mes, del día en que todos nosotros, dentro y fuera de esta Capilla Sixtina, insigne por su historia, oímos la palabra del Papa Juan Pablo, al comienzo mismo de su ministerio, en el que tantas esperanzas habíamos puesto: creemos que no podemos prescindir de esta alocución, sea por el recuerdo que todavía conservamos cada uno de nosotros, sea por las sabias advertencias y sugerencias que en ella se contenían. Aquella alocución, así como fue oportuna en las circunstancias en que se pronunció, así parece conservar ahora su fuerza, al comienzo de este nuevo pontificado, que pesa sobre Nos y que, mirando a Dios y a la Iglesia, no podemos eludir.

IMPORTANCIA Y ACTUALIDAD DEL CONCILIO

Queremos, pues, desarrollar algunas líneas directrices que consideramos de capital importancia y que, por eso —como nos proponemos y, con la ayuda del Señor, esperamos— no sólo las tendremos en cuenta y adoptaremos, sino que también las impulsaremos constantemente para que, en la vida real de la Iglesia, se responda a ellas.

Ante todo queremos insistir en la permanente importancia del Concilio Ecuménico Vaticano II, y aceptamos el deber ineludible de llevarlo cuidadosamente a la práctica.

¿No es acaso este Concilio universal como una piedra miliar, o un acontecimiento del máximo peso, en la historia milenaria de la Iglesia, y consiguientemente, en la historia religiosa del mundo y del desarrollo humano?

Ahora bien, el Concilio, igual que no termina en sus documentos, tampoco se concluye en las aplicaciones que se han realizado en estos años. Por eso juzgamos que nuestro primer deber es promover, con la mayor diligencia, la ejecución de los decretos y normas directivas del mismo. Y esto lo haremos, desde luego, con

una acción a la vez prudente y estimulante, procurando sobre todo que se logre antes que nada una adecuada mentalización: es decir, es necesario, en primer lugar, hacer que los espíritus sintonicen con el Concilio, para poder llevar luego a la práctica cuanto él dijo, y poder explicitar todo lo que en él se esconde, o —como suele decirse— se encuentra implícito en él, teniendo en cuenta las experiencias realizadas y las exigencias de las nuevas circunstancias.

Para decirlo brevemente, urge hacer madurar, con el estilo propio de lo que se mueve y vive, las fecundas semillas que los padres del Concilio Ecuménico, alimentados con la Palabra de Dios, sembraron en tierra buena (cf. Mt 13, 8, 23); es decir, los importantes documentos y las deliberaciones pastorales.

Este propósito general de fidelidad al Concilio Vaticano II y esta expresa voluntad, por parte nuestra, de aplicarlo, puede comprender varios sectores: el campo misional y ecuménico, la disciplina y organización; pero hay un sector en el que habrá de volcarse los mejores cuidados, a saber, el de la eclesiología.

LA ECLESIOLOGIA DEL VATICANO II

Es necesario, venerables hermanos y amados hijos del orbe católico, que tomemos de nuevo en las manos la "gran carta" del Concilio, es decir, la Constitución Dogmática *Lumen gentium* para que meditemos con renovado y reforzado afán sobre la naturaleza y misión de la Iglesia. Sobre su modo de existir y actuar; y esto habrá que hacerlo no sólo para lograr aquella comunión de vida en Cristo de todos los que en él creen y esperan, sino también para contribuir a hacer más amplia y estrecha la unidad de toda la familia humana.

El Papa Juan XXIII solía decir estas palabras: "Iglesia de Cristo, luz de los pueblos", porque la Iglesia —el Concilio repite sus palabras— es el sacramento universal de la salvación y de la unidad para todo el género humano (cf. *Lumen gentium*, 1; 48; *Ad gentes*, 1).

El ministerio salvífico, que tiene como punto central de re-

ferencia la Iglesia, y se realiza a través de la Iglesia, el dinamismo que gracias a ese mismo misterio anima al Pueblo de Dios, esa peculiar conexión o forma colegial por la que, *cum Petro et sub Petro*, los sagrados Pastores se unen entre sí, son puntos capitales, sobre los que nunca se reflexionará bastante, para que revisemos —teniendo en cuenta las necesidades constantes o transitorias de los hombres— las formas con las que conviene que la Iglesia se presenta y actúe. Por lo cual, la adhesión a este documento del Concilio, tal como resulta iluminado por la Tradición y conteniendo las fórmulas dogmáticas dadas hace un siglo por el Concilio Vaticano I, será para nosotros, Pastores y fieles, el camino cierto y el estímulo constante —digámoslo de nuevo— en orden a caminar por las sendas de la vida y de la historia.

LA COLEGIALIDAD EPISCOPAL

Con el fin de hacer a todos más conscientes y eficaces en el cumplimiento de su deber, les exhortamos de manera especial a meditar con mayor profundidad lo que comporta el vínculo colegial; por el cual, los obispos se unen íntimamente con el Sucesor de San Pedro y todos entre sí, para realizar las espléndidas tareas que les han sido confiadas de iluminar con la luz del Evangelio, santificar con los instrumentos de la gracia y regir con el arte pastoral a todo el Pueblo de Dios.

Esta forma colegial comporta ciertamente el conveniente desarrollo de las instituciones, en parte nuevas, en parte acomodadas a las necesidades actuales, con las cuales se logre la mayor unidad de espíritu, de afanes y de iniciativas en la obra de construir el Cuerpo de Cristo que es la Iglesia (cf. Ef 4, 12; Col 1, 24).

A este respecto queremos citar ante todo el Sínodo de los Obispos creado, antes de que terminara el Concilio, por la gran sabiduría de Pablo VI (cf. *Apostolica sollicitudo*, "Motu proprio" dado en AAS 57, 1965, pags. 775-780).

Pero además de esta referencia al Concilio, hay que poner de relieve el deber de la fidelidad total a la misión que hemos recibido, y a la cual estamos obligados nosotros mismos más que nadie.

Elevado a la suprema función en la Iglesia, además de tener que dar ejemplo con los propósitos y la acción, hemos de mostrar esta fidelidad con todas nuestras fuerzas: lo hemos de lograr manteniendo íntegro el depósito de la fe, cumpliendo aquellos especiales mandatos de Cristo, que entregó a Simón, constituido piedra de la Iglesia, las llaves del reino de los cielos (cf. Mt 16,18-19), que le mandó confirmar a los hermanos (cf. Lc 22,32), y apacentar las ovejas y corderos de su grey, como testimonio de amor (cf. Jn 21, 15-17).

Estamos profundamente convencidos de que, en ninguna investigación que se haga hoy sobre el llamado "ministerio de Pedro" para captar mejor lo que le es propio y peculiar, se podrían olvidar estos tres puntos cardinales del Santo Evangelio.

EL SUPREMO PONTIFICADO, MINISTERIO DE AMOR

Se trata, en efecto, de funciones típicas de este ministerio, que están relacionadas con la misma naturaleza de la Iglesia para conservar su unidad interior y asegurar su misión espiritual. Funciones que han sido encomendadas no sólo a San Pedro, sino también a sus legítimos Sucesores.

También estamos convencidos de que tan eximio ministerio ha de ser siempre relacionado con el amor, como con la fuente en que se alimenta, y con el clima en que se desarrolla: un amor que sea como la necesaria respuesta a la pregunta de Jesús "¿me amas?". Por eso nos place repetir las palabras de San Pablo: "La caridad de Cristo nos constriñe" (2 Cor 5,14), porque queremos que nuestro ministerio sea, desde el comienzo, en todas las formas en que se manifieste y exprese, un ministerio de amor.

LA LECCION DE LOS DOS ULTIMOS PAPAS

En esto procuraremos seguir los ejemplos de nuestros inmediatos predecesores, que han creado preclara escuela. ¿Quién no se acuerda de las palabras de Pablo VI que predicó la "civilización del amor", y que, casi un mes antes de su muerte, afirmaba con el corazón lleno de presagios: "He mantenido la fe" (cf. Homilía en la

solemnidad de los Santos Pedro y Pablo: AAS 70, 1978, página 395; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 9 de julio de 1978, pag. 1), no como una autoalabanza, sino como un riguroso examen al que sometía su conciencia religiosísima, después de 15 años de ministerio apostólico?

¿Y qué diremos de Juan Pablo I? Apenas ayer salió de nuestras filas para vestir el no pequeño peso del manto papal; pero ¡qué llama de caridad, qué "oleada de amor" —como él deseó para el mundo en su última alocución dominical, antes del *Angelus*— salieron de él en los pocos días de su ministerio! Lo confirman también sus sabias lecciones catequéticas, dirigidas a los fieles en las audiencias públicas, sobre la fe, la esperanza y la caridad.

Venerables hermanos en el Episcopado e hijos queridísimos: La fidelidad, como es obvio, abraza también la completa adhesión al Magisterio de Pedro, especialmente por lo que respecta a la doctrina. Es necesario tener en cuenta siempre la importancia "objetiva" de este Magisterio y también defenderlo de las insidias que en estos tiempos, aquí y allá, se tienden contra algunas verdades firmes de nuestra fe católica.

LA FIDELIDAD Y SUS EXIGENCIAS EN EL CAMPO DOCTRINAL Y DISCIPLINAR

La fidelidad, además, comprende la observancia de las normas litúrgicas promulgadas por la autoridad eclesiástica y, consiguientemente, rechaza lo mismo la costumbre de introducir novedades arbitrarias sin la debida autorización, que la de recusar con obstinación cuanto se ha establecido legítimamente respecto a los sagrados ritos e incluido en ellos.

La fidelidad se refiere también a la gran disciplina de la Iglesia, de que habló nuestro predecesor. La cual no es de tal índole que deprima o —como algunos dicen— mortifique, sino que tiene como misión defender la recta ordenación del Cuerpo místico de Cristo, logrando que la unión de todos los miembros de que El consta realice sus funciones de un modo eficaz y natural.

Por lo demás, la fidelidad equivale también al cumplimiento de las exigencias de la vocación sacerdotal y religiosa, de forma que se observe siempre lo que libremente se prometió ante Dios, y se procure más y más que la vida esté marcada con un constante sentido sobrenatural.

Por último, en cuanto se refiere a los fieles —según la misma palabra indica—, conviene que la fidelidad sea un deber que dimane de su condición de cristianos por su propia naturaleza. Póngala en práctica y den testimonio de ella con ánimo dócil y sincero, tanto obedeciendo a los sagrados Pastores que el Espíritu Santo eligió para regir la Iglesia de Dios (cf. Act. 20,28), como asociándose a las actividades y obras que se les confíen.

En este momento no podemos olvidar a los hermanos de las otras Iglesias y Confesiones cristianas. Demasiado grande y delicada es, en efecto, la causa ecuménica, para que podamos dejarla ahora sin una palabra nuestra.

¿Cuántas veces hemos meditado juntos el testamento de Cristo, que pidió al Padre, para sus discípulos, el don de la unidad (cf. Jn 17, 21-23)? ¿Y quién no recuerda la insistencia de San Pablo acerca de la "comunidad del espíritu" con la cual los discípulos de Cristo tienen "una misma caridad, una sola alma, un solo y mismo pensamiento" (cf. Flp 2, 2. 5-8)?

LA CAUSA ECUMENICA

Es increíble que se dé todavía el drama de la división entre los cristianos, que es para todos causa de perplejidad y acaso también de escándalo. Intentamos, por tanto, proseguir en el camino, ya felizmente comenzado, y favorecer aquellos pasos que valgan para remover los obstáculos, deseando que, gracias a un esfuerzo concorde, se llegue finalmente a la comunión perfecta.

Nos dirigimos también a todos los hombres —que, como hijos del único Dios Omnipotente, son nuestros hermanos a los que debemos amar y servir— para expresarles no con presunción, sino con humildad sincera, nuestra voluntad de dar una eficaz aportación a las

causas permanentes y prevalentes de la paz, del desarrollo, de la justicia internacional.

No nos mueve ninguna intención de interferencia política, o de participación en la gestión de los asuntos temporales: así como la Iglesia excluye un encuadramiento en categorías de orden terreno, así también nuestro afán, al tratar estos apremiantes problemas de los hombres y de los pueblos, estará dirigido únicamente por motivaciones religiosas y morales.

LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA LIBERTAD

Seguidor de Aquel que presentó a los suyos el ideal de ser "sal de la tierra" y "luz del mundo" (Mt 5, 13-14), Nos pretendemos dedicarnos a la consolidación de las bases espirituales, sobre las que debe apoyarse la sociedad humana. Este deber nos resulta tanto más fuerte cuanto más perduran las desigualdades e incomprendiones que son, a su vez, causa de tensiones y conflictos en no pocas partes del mundo, con la ulterior amenaza de catástrofes más terribles.

Será, por eso, constante nuestra preocupación en orden a estos problemas, para una acción oportuna, desinteresada y evangélicamente inspirada.

En esta ocasión queremos considerar con afecto el gravísimo problema que el Colegio de los padres cardenales señaló, durante la Sede Vacante, en relación con la querida tierra del Líbano y su pueblo al que todos deseamos ardientemente la paz en la libertad.

Al mismo tiempo, querríamos tender las manos en este momento a todos los pueblos y a todos los hombres; y abrir incluso el corazón a todos aquellos que se ven oprimidos por cualquier injusticia o discriminación, sea en el campo económico o social, sea en la vida política, o también por la falta de libertad de conciencia y debida libertad religiosa.

Debemos tender con todos los medios a esto: que todas las formas de injusticia que se manifiestan en este nuestro tiempo, se

sometan a la consideración común, se les buque de verdad remedio y que todos puedan llevar una vida digna del hombre. Esto pertenece a la misión de la Iglesia que ha sido puesta de relieve en el Concilio Vaticano II, y no sólo en la Constitución Dogmática *Lumen gentium*, sino también en la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*.

DE CARA AL AÑO 2000

Hermanos e hijos queridísimos, los recientes acontecimientos de la Iglesia y del mundo son para todos nosotros una advertencia saludable: ¿Cómo será nuestro pontificado?, ¿cuál será la suerte que el Señor reserva a su Iglesia en los próximos años?, ¿y qué camino recorrerá la humanidad en este final de siglo que ya se acerca al año 2000? Son preguntas valientes, a las que no se puede responder más que esto: "Dios lo sabe" (cf. 2 Cor 12, 2.3.).

Nuestra aventura personal, que nos ha traído inesperadamente a la máxima responsabilidad del servicio apostólico, interesa muy poco. Queremos decir que nuestra persona debe desaparecer frente a la onerosa función que hemos de cumplir. Y entonces nuestras palabras se convierten en una llamada: después de nuestra plegaria al Señor, sentimos la necesidad de solicitar también vuestra oración, para obtener esa fuerza superior indispensable que nos consienta continuar el trabajo de los amados predecesores en el punto en que lo han dejado.

SALUDO A TODO EL PUEBLO DE DIOS CON UN RECUERDO ESPECIAL A POLONIA

Después de este recuerdo conmovido nos place continuar con un saludo de agradecimiento y reconocimiento para cada uno de vosotros, venerables hermanos nuestros; y después un saludo confiado y animador a todos los otros hermanos en el Episcopado, que en las diversas partes del mundo cuidan de cada una de las Iglesias, porciones elegidas del Pueblo de Dios (cf. *Christus Dominus*, 11) y son también solidarios con la obra de la salvación universal. Con ellos contemplamos a los sacerdotes, a los misioneros, a los religiosos y religiosas; y enseguida expresamos de todo corazón el deseo de que aumente su número evocando aquellas palabras de nuestro

Salvador: "La mies es mucha, pero los obreros pocos" (Mt 9,37; Lc 10, 2).

Vemos después también a las familias y a las comunidades cristianas, a las multiformes asociaciones de apostolado, a los fieles que, aunque no nos son conocidos uno por uno, no por eso serán en el conjunto magnífico de la Iglesia de Cristo, ¡jamás!, ni anónimos, ni extraños, ni marginados.

Entre ellos contemplamos, con mirada preferente, a los más débiles, a los pobres, a los enfermos, a los afligidos. A ellos especialmente les queremos abrir nuestro corazón en el comienzo de nuestro ministerio pastoral. ¿No sois, en efecto, vosotros, hermanos y hermanas, los que con vuestros dolores participáis y en cierto modo completáis la pasión de nuestro mismo Redentor? (cf. Col 1,24). El indigno Sucesor de San Pedro, que se propone escrutar las insondables riquezas de Cristo (cf Ef 3,8), tiene una gran necesidad de vuestra ayuda, de vuestra oración, de vuestro sacrificio, y por esto os lo pide humildísimamente.

Permitid que añada, hermanos e hijos que nos escucháis, por el amor imborrable que tenemos a la tierra de origen, un distinguido y especialísimo saludo, tanto a todos los ciudadanos de nuestra Polonia "siempre fiel", como a los obispos, sacerdotes y pueblo de la Iglesia de Cracovia.

Es éste un saludo en el que se mezclan indisolublemente los recuerdos y los afectos, la nostalgia y la esperanza.

BAJO LA PROTECCION DE LA VIRGEN, DE SAN PEDRO Y SAN PABLO Y DE TODOS LOS SANTOS

En esta gran hora que hace temblar, no podemos menos de dirigir, con filial devoción, nuestra mente a la Virgen María, que siempre vive y actúa como Madre en el misterio de Cristo y de la Iglesia, repitiendo las dulces palabras *totus tuus* —"todo tuyo"—, que hace veinte años escribimos en nuestro corazón y en nuestro escudo, con motivo de nuestra ordenación episcopal.

Ni podemos menos de invocar a los Santos Apóstoles Pedro y Pablo y a todos los Santos y Beatos de la Iglesia Universal.

Y así, en esta misma hora, saludamos a todos: a los ancianos, a los adultos, a los jóvenes, a los niños, a los recién nacidos, movido por este vivo sentimiento de paternidad que está surgiendo de nuestro corazón.

A todos deseamos sinceramente que "crezcan en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo" que el Príncipe de los Apóstoles deseaba (2 Pe 3,18).

A todos impartimos nuestra primera bendición apostólica que, no sólo sobre ellos, sino sobre la humanidad entera, atraiga una abundante efusión de los dones del Padre que está en los cielos. Así sea.

* * * * *

2.2. HOMILIA EN LA INAUGURACION OFICIAL DE SU PONTIFICADO

El domingo 22 de Octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II inauguró oficialmente su pontificado con una solemne liturgia en la plaza de San Pedro. En tal ocasión pronunció la Homilía que presenta como ministerio del Supremo Pastor: confesar a Cristo ante la historia y ante el mundo; estar al servicio de la potestad del Señor como siervo de los siervos de Dios; hacer que el mensaje evangélico de esperanza, de salvación, de libertad total, llegue a todos los hombres, a cada uno de los hombres.

1.

"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo" (Mt 16,16).

Estas palabras fueron pronunciadas por Simón, hijo de Jonás, en la región de Cesarea de Filipo. Las dijo, sí, en la propia lengua,

con una convicción profunda, vivida, sentida; pero no tenían dentro de él su fuente, su manantial: "...porque no es la carne, ni la sangre quien esto te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos" (Mt 16,17). Eran palabras de fe.

Ellas marcan el comienzo de la misión de Pedro en la historia de la salvación, en la historia del Pueblo de Dios. Desde entonces, desde esa confesión de fe, la historia sagrada de la salvación y del Pueblo de Dios debía adquirir una nueva dimensión: expresarse en la histórica dimensión de la Iglesia. Esta dimensión eclesial de la historia del Pueblo de Dios tiene su orígenes, nace de hecho, de estas palabras de fe y sigue vinculada al hombre que las pronunció: "Tú eres Pedro —roca, piedra— y sobre ti, como sobre una piedra, edificaré mi Iglesia".

2

"TU ERES EL CRISTO, EL HIJO DE DIOS VIVO": ESTAS PALABRAS MARCAN EL COMIENZO DE LA MISION DE PEDRO, EN ELLAS ESTA LA FE DE LA IGLESIA, LA NUEVA VERDAD

Hoy y aquí, en este lugar, es necesario pronunciar y escuchar de nuevo las mismas palabras: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Sí, hermanos e hijos, ante todo estas palabras.

Su contenido revela a nuestros ojos el misterio de Dios vivo, misterio que el Hijo conoce y que nos ha acercado. En efecto, nadie ha acercado el Dios vivo a los hombres, ninguno lo ha revelado como lo ha hecho el Hijo mismo. En nuestro conocimiento de Dios, en nuestro camino hacia Dios estamos totalmente ligados a la potencia de estas palabras: "Quien me ve a mí, ve también al Padre". El que es infinito, inescrutable, inefable, se ha acercado a nosotros en Cristo Jesús, el Hijo unigénito, nacido de María Virgen en el portal de Belén.

— Vosotros todos, los que tenéis ya la inestimable suerte de creer,

— vosotros todos, los que todavía buscáis a Dios.

— y también vosotros, los que estáis atormentados por la duda: acoged de buen grado una vez más —hoy y en este sagrado lugar— las palabras pronunciadas por Simón Pedro. En esas palabras está la fe de la Iglesia. En ellas está la nueva verdad, es más, la verdad última y definitiva sobre el hombre: el Hijo de Dios vivo. "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

3

ROMA, SU CATEDRA APOSTOLICA Y SU OBISPO

El nuevo Obispo de Roma comienza hoy solemnemente su ministerio y la misión de Pedro. Efectivamente, en esta ciudad desplegó y cumplió Pedro la misión que le había confiado el Señor.

El Señor se dirigió a él diciendo: "...Cuando eras joven, tú te ceñías e ibas adonde querías; cuando envejeczas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras" (Jn 21,18).

¡Pedro vino a Roma!

¿Qué fue lo que le guió y condujo a esta Urbe, corazón del Imperio Romano, sino la obediencia a la inspiración recibida del Señor? Es posible que este pescador de Galilea no hubiera querido venir hasta aquí; que hubiera preferido quedarse allá, a orillas del Lago de Genesaret, con su barca, con sus redes. Pero guiado por el Señor, obediente a su inspiración, llegó hasta aquí.

Según una antigua tradición (que ha tenido magnífica expresión literaria en una novela de Henryk Sienkiewicz), durante la persecución de Nerón, Pedro quería abandonar Roma. Pero el Señor intervino, le salió al encuentro. Pedro se dirigió a él preguntándole: "*Quo vadis, Domine?*: ¿Dónde vas, Señor?". Y el Señor le respondió enseguida: "Voy a Roma para ser crucificado por segunda vez". Pedro volvió a Roma y permaneció aquí hasta su crucifixión.

Sí, hermanos e hijos, Roma es la Sede de Pedro. A lo lar-

go de los siglos le han sucedido siempre en esta sede nuevos Obispos. Hoy, un nuevo Obispo sube a la Cátedra Romana de Pedro, un Obispo lleno de temblor, consciente de su indignidad. ¡Y, cómo no temblar ante la grandeza de tal llamada y ante la misión universal de esta Sede Romana!

A la Sede de Pedro en Roma sube hoy un Obispo que no es romano. Un Obispo que es hijo de Polonia. Pero desde este momento, también él se hace romano. Sí, ¡romano! También porque es hijo de una nación cuya historia, desde sus primeros albores, y cuyas milenarias tradiciones están marcadas por un vínculo vivo, fuerte, jamás interrumpido, sentido y siempre vivido, con la Sede de Pedro; una nación que ha permanecido siempre fiel a esta Sede de Roma. ¡Oh, el designio de la Divina Providencia es inescrutable!

4

**SIERVO DE LOS SIERVOS DE DIOS AL SERVICIO
DE LA SUPREMA POTESTAD**

En los siglos pasados, cuando el Sucesor de Pedro tomaba posesión de su Sede, se colocaba sobre su cabeza la tiara. El último Papa coronado fue Pablo VI en 1963, el cual, sin embargo, después del solemne rito de la coronación, no volvió a usar la tiara, dejando a sus sucesores libertad para decidir al respecto.

El Papa Juan Pablo I, cuyo recuerdo está tan vivo en nuestros corazones, no quiso la tiara, y hoy no la quiere su sucesor. No es tiempo, realmente, de volver a un rito que ha sido considerado, quizás injustamente, como símbolo del poder temporal de los Papas.

Nuestro tiempo nos invita, nos impulsa y nos obliga a mirar al Señor y a sumergirnos en una meditación humilde y devota sobre el misterio de la suprema potestad del mismo Cristo.

El que nació de María Virgen, el Hijo del carpintero —como se

le consideraba—, el Hijo de Dios vivo, como confesó Pedro, vino para hacer de todos nosotros “un reino de sacerdotes”.

El Concilio Vaticano II nos ha recordado el misterio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo —Sacerdote, Profeta-Maestro, Rey— continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios participa de esta triple misión. Y quizás en el pasado se colocaba sobre la cabeza del Papa la tiara, esa triple corona, para expresar, por medio de tal símbolo, el designio del Señor sobre su Iglesia, es decir, que todo el orden jerárquico de la Iglesia de Cristo, toda su “sagrada potestad” ejercitada en ella no es otra cosa que el servicio, servicio que tiene un objetivo único: que todo el Pueblo de Dios participe en esa triple misión de Cristo y permanezca siempre bajo la potestad del Señor, la cual tiene su origen no en los poderes de este mundo, sino en el Padre celestial y en el misterio de la cruz y de la resurrección.

La potestad absoluta y también dulce y suave del Señor responde a lo más profundo del hombre, a sus más elevadas aspiraciones de la inteligencia, de la voluntad y del corazón. Esta potestad no habla con un lenguaje de fuerza, sino que se expresa en la caridad y en la verdad.

El nuevo Sucesor de Pedro en la Sede de Roma eleva hoy una oración fervorosa, humilde y confiada: ¡Oh Cristo! ¡Haz que yo me convierta en servidor, y lo sea, de tu única potestad! ¡Servidor de tu dulce potestad! ¡Servidor de tu potestad que no conoce ocaso! ¡Haz que yo sea un siervo! Más aún, siervo de tus siervos.

5.

AL SERVICIO DEL HOMBRE Y DE LA HUMANIDAD ENTERA

¡Hermanos y hermanas! ¡No tengáis miedo de acoger a Cristo y de aceptar su potestad!

¡Ayudad al Papa y a todos los que quieren servir a Cristo y, con la potestad de Cristo, servir al hombre y a la humanidad entera!

¡No temáis! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puer-

tas a Cristo!

Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! Cristo conoce "lo que hay dentro del hombre". ¡Sólo El lo conoce!

Con frecuencia el hombre actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, —os lo ruego, os lo imploro con humildad y con confianza— permitid que Cristo hable al hombre. ¡Sólo El tiene palabras de vida, sí, de vida eterna!

6.

LA SOLEMNE INAUGURACION DEL MINISTERIO DEL SUPREMO PASTOR: GRACIAS A TODOS LOS PRESENTES

Precisamente hoy toda la Iglesia celebra su "Jornada Misionera mundial": es decir, ora, medita, trabaja para que las palabras de vida de Cristo lleguen a todos los hombres y sean escuchadas como mensaje de esperanza, de salvación, de liberación total.

Doy las gracias a todos los aquí presentes que han querido participar en esta solemne inauguración del ministerio del nuevo Sucesor de Pedro.

Doy las gracias de corazón a los Jefes de Estado, a los Representantes de las Autoridades, a las Delegaciones de los Gobiernos por su presencia que tanto me honra.

¡Gracias a vosotros, eminentísimos cardenales de la Santa Iglesia Romana!

¡Os doy las gracias, amados hermanos en el Episcopado!

¡Gracias a vosotros, sacerdotes!

¡A vosotros, hermanas y hermanos, religiosas y religiosos de las órdenes y de las congregaciones! ¡Gracias!

¡Gracias a vosotros, romanos!

¡Gracias a los peregrinos que han venido de todo el mundo!

¡Gracias a cuantos seguís este sagrado rito a través de la radio y de la televisión!

7.

SALUDO A POLONIA Y A CRACOVIA CON UNA INVITACION A ORAR POR EL PAPA

Me dirijo a vosotros, queridos compatriotas, peregrinos de Polonia, hermanos obispos presididos por vuestro magnífico primado, sacerdotes, religiosos y religiosas de las diversas congregaciones polacas, y a vosotros representantes de esa "Polonia" esparcida por todo el mundo.

¿Y qué os diré a vosotros que habéis venido de mi Cracovia, la sede de San Estanislao, de quien he sido indigno sucesor durante 14 años? ¿Qué os puedo decir? Todo lo que pudiera deciros sería un pálido reflejo de lo que siento en estos momentos en mi corazón y de lo que sienten vuestros corazones.

Dejemos pues a un lado las palabras. Quede sólo un gran silencio ante Dios, el silencio que se convierte en plegaria.

Una cosa os pido: estad cercanos a mí. En Jasna Gora y en todas partes. No dejéis de estar con el Papa, que hoy reza con las palabras del poeta: "Madre de Dios, que defiendes la Blanca Czestochowa y resplandeces en la 'Puerta Aguda' ". Esas son las palabras que dirijo a vosotros en este momento particular.

Con las palabras pronunciadas en lengua polaca, he querido

hacer una llamada e invitación a la plegaria por el nuevo Papa. Con la misma llamada me dirijo a todos los hijos e hijas de la Iglesia católica. Recordadme hoy y siempre en vuestra oración.

8.

AVANZAR EN LA FE Y DERRIBAR LAS BARRERAS DE LA DIVISION

A los católicos de los países de lengua francesa manifiesto todo mi afecto y simpatía. Y me permito contar con vuestro apoyo filial y sin reservas.

Avanzad en la fe.

A quienes no participan de nuestra fe dirijo también un saludo respetuoso y cordial. Espero que sus sentimientos de benevolencia facilitarán la misión espiritual que me incumbe y que no se lleva a cabo sin repercusión en la felicidad y la paz del mundo.

A todos los que habláis inglés ofrezco mi saludo cordial en el nombre de Cristo.

Cuento con la ayuda de vuestras oraciones y de vuestra buena voluntad para desempeñar mi misión al servicio de la Iglesia y de la humanidad.

Que Cristo os dé su gracia y su paz, derribando las barreras de división y haciendo de todas las cosas una en El.

SOLIDARIDAD CON TODAS LAS IGLESIAS

Dirijo un cordial saludo a los representantes y a todas las personas de los países de habla alemana.

Repetidas veces, e incluso recientemente durante mi visita a la República Federal de Alemania, he tenido oportunidad de conocer y apreciar personalmente la gran obra de la Iglesia y de sus fieles.

Que vuestra acción abnegada en favor de Cristo resulte fructífera también en el futuro de cara a todos los grandes problemas y a todas las necesidades de la Iglesia en el mundo entero. Por eso encomiendo espiritualmente a vuestra oración mi servicio apostólico.

FIDELIDAD A LA TRADICION CRISTIANA EN CLIMA DE JUSTICIA Y SOLIDARIDAD CERCANOS SIEMPRE AL PAPA Y DEVOTOS DE LA VIRGEN

Mi pensamiento se dirige ahora hacia el mundo de lengua española, una porción tan considerable de la Iglesia de Cristo.

A vosotros, hermanos e hijos queridos, llegue en este momento solemne el afectuoso saludo del nuevo Papa.

Unidos por los vínculos de una común fe católica, sed fieles a vuestra tradición cristiana, hecha vida en un clima cada vez más justo y solidario, mantened vuestra conocida cercanía al Vicario de Cristo y cultivad intensamente la devoción a nuestra Madre, María Santísima.

Hermanos e hijos de lengua portuguesa: Os saludo afectuosamente en el Señor en cuanto "siervo de los siervos de Dios".

Al bendeciros confío en la caridad de vuestras oraciones y en vuestra fidelidad para vivir siempre el mensaje de este día y de esta ceremonia: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo".

Que el Señor esté con vosotros: con su gracia y su misericordioso amor hacia la humanidad.

Cordialmente saludo y bendigo a los checos y eslovacos, a los que siento tan cercanos.

De todo corazón doy la bienvenida y bendigo a todos los ucranios y rutenos del mundo.

Mi afectuoso saludo a los hermanos lituanos. Sed siempre fe-

lices y fieles a Cristo.

**PRONUNCIAR SIEMPRE CON INMENSA VENERACION
LA PALABRA "HOMBRE"**

Abro mi corazón a todos los hermanos de las Iglesias y comunidades cristianas, saludando de manera particular a los que estáis aquí presentes, en espera de un próximo encuentro personal; pero ya desde ahora os expreso mi sincero aprecio por haber querido asistir a este solemne rito.

Y me dirijo una vez más a todos los hombres, a cada uno de los hombres, (¡y con qué veneración el apóstol de Cristo debe pronunciar esta palabra: hombre!).

¡Rogad por mí!

¡Ayudadme para que pueda servirlos! Amén.

3. DIPLOMACIA

ALOCUCION AL CUERPO DIPLOMATICO

En la mañana del 20 de Octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II recibió por primera vez al Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede. El Santo Padre respondió al saludo con el siguiente e importante discurso:

Excelencias, señoras, señores:

Me han impresionado hondamente las palabras nobles y los deseos generosos de los que se ha hecho intérprete vuestro representante. Conozco las relaciones de plena estima y confianza recíprocas que existían ya entre el Papa Pablo VI y cada una de las Representaciones Diplomáticas acreditadas ante la Santa Sede. Este clima era debido a la comprensión, llena de respeto y benevolencia, que este gran Papa tenía de la responsabilidad del bien común entre los pueblos y, sobre todo, a los altos ideales que lo animaban en materia de paz y de desarrollo. Mi inmediato predecesor, el querido Papa Juan Pablo I, al recibirnos hace menos de dos meses, había inaugurado relaciones semejantes, y cada uno de vosotros conserva todavía en la memoria sus palabras llenas de humildad, disponibilidad y sentido pastoral, que hago plenamente mías. Y he aquí que hoy heredo yo la misma carga, y vosotros nos manifestáis la misma confianza con idéntico entusiasmo. Os agradezco muy vivamente los sentimientos que atestigúais con tanta fidelidad a la Santa Sede, a través de mi persona.

LA SEDE APOSTOLICA ESTA PARA DAR TESTIMONIO DE LA VERDAD Y DEL AMOR DE CRISTO

En primer lugar, que cada uno se sienta acogido aquí con toda cordialidad, él personalmente y también en nombre del país y pueblo que representa. En verdad, si existe un lugar donde los pueblos deben relacionarse con paz y encontrar respeto, simpatía,

sincero deseo de su dignidad, felicidad y progreso, está sin duda en el corazón de la Iglesia, alrededor de la Sede Apostólica, instituída para dar testimonio de la verdad y del amor de Cristo.

Mi estima y mis deseos van dirigidos a todos y cada uno, dentro de la diversidad de vuestras situaciones. Pues en este encuentro están representados no sólo los Gobiernos, sino también los pueblos y las naciones. Y entre ellas, se hallan las "naciones" antiguas, de pasado muy rico, de una historia fecunda, de una tradición y de una cultura propia; están también las naciones jóvenes surgidas hace poco, con grandes posibilidades en perspectiva, o que todavía están despertándose y formándose. La Iglesia siempre ha deseado tomar parte en la vida y contribuir al desarrollo de pueblos y naciones. La Iglesia siempre ha reconocido riquezas particulares en la diversidad y pluralidad de sus culturas, historia y lenguas. En muchos casos la Iglesia ha aportado su contribución específica a la formación de dichas culturas. La Iglesia ha pensado y continúa creyendo que en las relaciones internacionales es obligatorio respetar los derechos de cada nación.

RESPECTAR LOS VALORES ESPECIFICOS DE CADA NACION Y DE CADA PUEBLO, SU TRADICION Y SUS DERECHOS EN RELACION CON LOS OTROS PAISES

En cuanto a mí, llamado de una de estas naciones a suceder al Apóstol Pedro en el servicio de la Iglesia universal y de todas las naciones, me esforzaré por manifestar a cada una la estima que tiene derecho a esperar. Por ello, debéis haceros eco de mis fervientes deseos ante vuestros Gobiernos y ante todos vuestros compatriotas. Y aquí yo deseo añadir que la historia de mi patria de origen me ha enseñado a respetar los valores específicos de cada nación y de cada pueblo, su tradición y sus derechos en relación con los otros pueblos. Como Papa, yo soy y seré testimonio de esta actitud y de este amor universal, reservando la misma benevolencia a todos, especialmente a quienes sufren pruebas.

ASEGURAR EN TODAS PARTES LA PLENA LIBERTAD RELIGIOSA

Quien dice relaciones diplomáticas, dice relaciones estables,

recíprocas, bajo el signo de la cortesía, la discreción y la lealtad. Sin confusión de competencias, dichas relaciones no manifiestan necesariamente por mi parte la aprobación de tal o cual régimen —ello no es asunto mío— ni tampoco, evidentemente, la aprobación de todas sus acciones en la gestión de la cosa pública; sino aprecio de los valores temporales positivos, voluntad de diálogo con quienes están encargados legítimamente del bien común de la sociedad, comprensión de su tarea, frecuentemente tan difícil, interés y ayuda en las causas humanas que aquellos han de promover; todo ello, gracias a intervenciones directas unas veces, y sobre todo a través de la formación de las conciencias, como una contribución específica a la justicia y a la paz en el plano internacional. Al actuar así, la Santa Sede no quiere salirse de su tarea pastoral: ansiosa de poner por obra la solicitud de Cristo, ¿cómo podría desentenderse del bien y progreso de los pueblos en este mundo al preparar la salvación eterna de los hombres, que es su primer deber?

Por otra parte, la Iglesia —y en particular la Santa Sede— piden a vuestras naciones y a vuestro Gobiernos que tomen en consideración cada vez más algunas necesidades.

La Santa Sede no lo desea para provecho propio. En unión con el Episcopado local lo hace por los cristianos y creyentes que viven en vuestros países, a fin de que sin ningún privilegio especial, pero con toda justicia, puedan alimentar su fe, asegurar el culto religioso y ser admitidos como ciudadanos leales a participar plenamente en la vida social. La Santa Sede lo hace paralelamente en favor de todos los hombres, sean quienes fueren, sabiendo que la libertad, el respeto de la vida y de la dignidad de las personas —que jamás son instrumentos—, la igualdad de trato, la conciencia profesional en el trabajo y la búsqueda solidaria del bien común, el espíritu de reconciliación, la apertura a los valores espirituales, son exigencias fundamentales de la vida armónica en sociedad, del progreso de los ciudadanos y de su civilización. Ciertamente, estos últimos objetivos figuran en general en los programas de los responsables. Pero el resultado no es siempre el mismo, ni los medios son igualmente válidos. Existen todavía demasiadas miserias físicas y morales que dependen de la negligencia, egoísmo, ceguera o dureza de los hombres.

La Iglesia quiere ciertamente contribuir a atenuar estas miserias, con sus medios pacíficos, educando en el sentido moral, y mediante la acción leal de los cristianos y de los hombres de buena voluntad. Al hacer esto, la Iglesia puede no ser comprendida a veces, pero tiene la convicción de estar prestando un servicio sin el que la humanidad no podría vivir; la Iglesia es fiel a su Maestro y Salvador, Jesucristo.

LA ACCION DE LOS CRISTIANOS, FIELES SIEMPRE A SU MAESTRO Y SALVADOR

Con este espíritu, precisamente, espero mantener e incrementar relaciones cordiales y fructíferas con los países que representáis. Os animo en vuestra alta función y animo sobre todo a vuestros gobiernos a procurar, con creciente afán, la justicia y la paz, con amor bien entendido a vuestros compatriotas y con apertura de espíritu y corazón hacia los otros pueblos. Que Dios os dé luz y fuerzas en este camino a vosotros y a todos los responsables; y que bendiga a cada uno de vuestros países.

4. INFORMACION

DIALOGO CON LOS PERIODISTAS Y LOS OPERADORES

AUDIOVISUALES SOBRE LA TAREA DE INFORMACION

El sábado 21 de Octubre de 1978, en las horas de la mañana, el Papa Juan Pablo II recibió en audiencia a los periodistas y operadores de Radio y TV presentes en Roma con ocasión de su elección. El Santo Padre respondió al saludo que le dirigió el Secretario de la Comisión Pontificia para las Comunicaciones Sociales y Director de la Sala de Prensa de la Santa Sede, con el siguiente discurso:

Señoras y Señores:

¡Sed bienvenidos! Os agradezco vivamente todo lo que habéis hecho y todo lo que haréis, para presentar al gran público, en la prensa, radio y televisión, los acontecimientos de la Iglesia católica, que os han reunido tantas veces en Roma en estos dos meses.

Ciertamente en vuestra vida profesional habéis vivido días agotadores, a la vez que emocionantes. El carácter repentino e imprevisible de los hechos que se han sucedido, os ha obligado a echar mano de un conjunto de conocimientos en materia de información religiosa que tal vez os eran poco familiares, y también a responder, en condiciones muchas veces febriles, a una exigencia que lleva consigo la enfermedad de nuestro siglo: la prisa. ¡Para vosotros, esperar la "fumata" blanca no ha sido una hora de completo reposo!

PRESENTAR BIEN EL VERDADERO ROSTRO DE LA IGLESIA

Gracias ante todo por haber dado tam amplio eco, con respeto unánime, a la labor considerable y verdaderamente histórica del gran Papa Pablo VI. Gracias por haber hecho familiar el rostro sonriente y la actitud evangélica de mi predecesor inmediato, Juan Pablo I. Gracias también por el relieve favorable que habéis dado al recién-

te conclave, a mi elección y a los primeros pasos que yo he dado con la carga pesada del pontificado. En todo caso habéis tenido la ocasión, no solamente de hablar de las personas —que pasan—, sino de la Sede de Roma, de la Iglesia, de sus tradiciones y de sus ritos, de su fe, de sus problemas y de sus esperanzas, de San Pedro y de la misión del Papa, de los grandes desafíos espirituales de hoy, en síntesis, del misterio de la Iglesia. Permitid que yo me detenga un poco en este aspecto: es difícil presentar bien el verdadero rostro de la Iglesia.

Sí, los acontecimientos son siempre difíciles de comprender y de hacerlos comprender. Desde luego, son casi siempre complejos. Basta que se olvide un elemento por inadvertencia, se omita voluntariamente, se minimice o por el contrario se acentúe exageradamente, para falsear la visión presente y las previsiones del futuro. Los hechos de la Iglesia son, por lo demás, más difíciles de captar por los que los contemplan sin una visión de fe, lo digo con todo respeto a cada uno, y más todavía de expresar a un amplio público, que difícilmente capta su verdadero sentido. No obstante, se os exige suscitar el interés y la acogida de ese público, a la vez que vuestras agencias os piden frecuentemente, y sobre todo, lo sensacional. Algunos se sienten entonces tentados de caer en la anécdota; ésta es concreta y puede ser más aceptable, pero a condición de que la anécdota sea significativa y tenga relación real con la naturaleza del hecho religioso. Otros se entregan decididamente a un análisis demasiado detallado de los problemas y de los móviles de las personas de Iglesia, con el riesgo de referir de forma insuficiente sobre lo esencial, que, como sabéis, no es de orden político, sino espiritual. Finalmente, desde este punto de vista las cosas son a menudo más sencillas de lo que uno se imagina: ¡Me atrevería a referirme a mi elección misma!

LA FUNCION DE LOS INFORMADORES RELIGIOSOS

Pero no es éste el momento de examinar detalladamente los riesgos y méritos de vuestra función de informadores religiosos. Notemos, por otra parte, que parece dibujarse un cierto progreso aquí y allá en la búsqueda de la verdad, en la comprensión y la presentación del hecho religioso. Os felicito por la parte que habéis tenido en ello.

Quizá os haya sorprendido y estimulado ver que en todos los países un público muy amplio, que algunos creían indiferente o alérgico a la institución eclesial y a las cosas espirituales, atribuyó gran importancia al hecho religioso. Realmente la transmisión de la misión suprema confiada por Cristo a San Pedro para evangelizar a todos los pueblos y reunir en la unidad a todos los discípulos de Cristo, ha aparecido verdaderamente como una realidad que trasciende los acontecimientos habituales. Sí, la transmisión de este hecho tiene profundo eco en los espíritus y en los corazones que perciben cómo Dios está actuando en la historia. Era leal tomar nota de ello y adaptar al caso los medios de comunicación social de que vosotros disponéis a distintos niveles.

LA LIBERTAD DE INFORMACION Y EXPRESION

Precisamente lo que deseo es que los artífices de la información religiosa encuentren siempre en las instancias cualificadas de la Iglesia, la ayuda que necesitan. Aquéllas los deben acoger con respeto a sus convicciones y su profesion, proporcionarles documentación plenamente adecuada y absolutamente objetiva y, a la vez, ofrecerles una perspectiva cristiana que sitúe los hechos en su significado auténtico para la Iglesia y la humanidad. De este modo podréis realizar estos reportajes religiosos con la competencia específica que requieren.

Vosotros sois muy sensibles a la libertad de información y de expresión, y tenéis razón.

Consideraos gozosos al beneficiaros de ella. Emplead bien esta libertad para discernir desde más cerca la verdad e introducir a vuestros lectores, oyentes o telespectadores a "cuanto hay de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso y de digno de alabanza", según las palabras de San Pablo (Fp 4,8), a cuanto les ayude a vivir en justicia y fraternidad, a descubrir el sentido último de la vida, a abrirlos al misterio de Dios tan cercano a cada uno de nosotros. En estas condiciones vuestra profesion tan exigente y a veces tan agotadora, yo diría vuestra vocación tan actual y tan hermosa, elevará aún más el espíritu y el corazón de los hombres de buena voluntad y, al mismo tiempo, también la fe de los

cristianos. Es un servicio que aprecian mucho la Iglesia y la humanidad.

Yo me atrevo a invitaros también a vosotros a un esfuerzo de comprensión, a una especie de pacto leal: cuando hagáis un reporte sobre la vida y la actividad de la Iglesia, procurad captar, con la máxima intensidad, las motivaciones auténticas, profundas, espirituales del pensamiento y de la acción de la Iglesia. La Iglesia, por su parte, escucha el testimonio objetivo de los periodistas sobre las esperanzas y las exigencias de este mundo. Esto no quiere decir evidentemente que la Iglesia modele su mensaje según el mundo de su tiempo: es el Evangelio el que debe siempre inspirar su actitud.

Yo estoy contento de este primer contacto con vosotros. Os aseguro mi comprensión y me permito contar con la vuestra. Sé que además de vuestros problemas profesionales, sobre los que volveremos a hablar, tenéis cada uno vuestras preocupaciones personales y familiares. No temamos confiarlas a la Virgen María, que está siempre al lado de Cristo. En el nombre de Cristo, yo os bendigo de todo corazón.

TODOS UNIDOS AL SERVICIO DE LA VERDAD

Deseo saludar y bendecir no sólo a vosotros, sino a todos vuestros compañeros del mundo entero. Si bien representáis diferentes culturas, estáis todos unidos en el servicio a la verdad. Y el grupo que constituís aquí hoy es ya en sí mismo manifestación espléndida de unidad y solidaridad. Quisiera pedirlos que me hicierais presente ante vuestras familias y compatriotas de los países respectivos. Os ruego aceptéis cada uno la manifestación de mi respeto, estima y amor fraterno.

5. JOVENES

ALOCUCION A LOS JOVENES

El Papa Juan Pablo II, el miércoles 22 de Noviembre de 1978, dirigió a los jóvenes reunidos en la Basílica de San Pedro, la siguiente alocución:

Queridísimos hijos:

Este encuentro semanal del Papa con los jóvenes y adolescentes —tan entusiasta y vivaz— es de verdad un signo de gozo y de esperanza.

Signo de gozo, porque donde hay jóvenes, adolescentes y niños está asegurada la alegría por el hecho de que allí se manifiesta la vida en su florecimiento más espontáneo y vigoroso.

Poseéis en abundancia esta "alegría de vivir", y la dais con generosidad a un mundo que a veces está cansado, desanimado, desconfiado y desilusionado.

Signo de esperanza es también este encuentro, porque los adultos, no sólo vuestros padres, sino también vuestros maestros y profesores y todos los que colaboran en vuestro crecimiento y maduración física e intelectual, ven en vosotros a las personas que llevarán a efecto cuanto ellos quizá —por circunstancias varias— no han podido realizar.

Por tanto, un joven sin alegría y sin esperanza no es un joven auténtico, sino un hombre marchito y envejecido antes de tiempo. Por esto os dice el Papa: ¡Sed portadores de alegría y esperanza, comunicadla, irradiadla!

LA VIRTUD DE LA TEMPLANZA

El tema de la audiencia de hoy está íntimamente relacionado

con cuanto he recordado hasta ahora. Siguiendo el esquema que me dejó casi como testamento mi llorado predecesor Juan Pablo I, en los miércoles anteriores he hablado de las virtudes cardinales: prudencia, justicia y fortaleza. Hoy quiero hablaros brevemente de la cuarta virtud cardinal: la templanza, la sobriedad.

San Pablo escribía a su discípulo Tito, a quien había dejado como obispo en la isla de Creta: "A los jóvenes exhortalos a ser prudentes" (Tit 2,6). Siguiendo también yo la invitación del Apóstol de las Gentes, quisiera decir, en primer lugar, que las actitudes del hombre, procedentes de cada una de las virtudes cardinales, son mutuamente interdependientes y están unidas entre sí. No se puede ser hombre verdaderamente prudente, ni auténticamente justo, ni realmente fuerte, si no se posee asimismo la virtud de la templanza. Esta virtud condiciona indirectamente a todas las demás; si bien todas ellas son indispensables para que el hombre pueda ser "moderado" o "sobrio". *Temperantia est commune omnium virtutum cognomen* —escribía en el siglo IV San Juan Clímaco (*Scala del Paradiso*, 15)—, que se traduciría así: "La templanza es el denominador común de todas las demás virtudes".

EL DOMINIO DE SI MISMO

Podría parecer extraño hablar de templanza y sobriedad a los jóvenes y adolescentes. Y sin embargo, hijos queridísimos, esta virtud cardinal os es necesaria de modo particular a vosotros, que os encontráis en ese período maravillos y delicado en que vuestra realidad bio-síquica crece hasta la madurez perfecta, para llegar a ser física y espiritualmente capaces de afrontar las alternas vicisitudes de la vida, con sus más variadas exigencias.

Moderado es quien no abusa de la comida, la bebida o el placer; el que no toma bebidas alcohólicas inmoderadamente, no enajena la propia conciencia mediante el uso de estupefacientes, etc. En nosotros podemos imaginar un "yo inferior" y un "yo superior". En nuestro "yo inferior" viene expresado nuestro cuerpo con sus necesidades, deseos y pasiones de naturaleza sensible. La virtud de la templanza garantiza al hombre el dominio del "yo superior" sobre el "yo inferior". ¿Acaso se trata en este caso de una humilla-

ción, de un menoscabo para nuestro cuerpo? ¡Al contrario! Este dominio le da mayor valor, lo sublima.

LA BELLEZA "INTERIOR" DEL HOMBRE

El hombre moderado es el que es dueño de sí; aquel en el que las pasiones no predominan sobre la razón, sobre la voluntad e incluso sobre el "corazón". Comprendemos, por tanto, que la virtud de la templanza es indispensable para que el hombre sea plenamente hombre, para que el joven sea auténticamente joven. El espectáculo triste y bochornoso de un alcoholizado o un drogado, nos hace comprender claramente cómo "ser hombre" quiere decir en primer lugar respetar la propia dignidad, o sea, dejarse guiar por la virtud de la templanza.

Dominarse a sí mismo y dominar las pasiones propias, no significa en absoluto hacerse insensibles o indiferentes; la templanza de que hallamos es una virtud cristiana, que aprendemos en las enseñanzas y en los ejemplos de Jesús, y no en la llamada moral "estoica".

La templanza exige de cada uno de nosotros una humildad específica en relación con los dones que Dios ha puesto en nuestra naturaleza humana. Hay la "humildad del cuerpo" y la "del corazón". Esta humildad es condición ecesaria para la armonía interior del hombre, para su belleza interior. Reflexionad bien sobre esto vosotros, jóvenes que os encontráis precisamente en la edad en la cual se tiene tanto afán de ser hemosos o hermosas para agradar a los otros. Un joven, una joven, deben ser hermosos ante todo y sobre todo interiormente. Sin esta belleza interior, todos los demás esfuerzos dedicados sólo al cuerpo no harán —ni de él ni de ella— una persona verdaderamente hermosa.

Yo os deseo, hijos queridísimos, que irradiéis siempre la belleza interior.

6. JUSTICIA

DISCURSO A LA PONTIFICIA COMISION DE JUSTICIA Y PAZ

El 11 de Noviembre de 1978, al concluir la Reunión Plenaria de la Pontificia Comisión de Justicia y Paz, el Papa Juan Pablo II le concedió una audiencia en la cual respondió al saludo que le presentó el Cardenal Bernardin Gantin con el siguiente discurso en que pide asegurar al hombre con sus derechos y libertades una existencia inspirada en el Evangelio:

Queridos amigos:

Cuento con vosotros, cuento con la Pontificia Comisión *Iustitia et Pax* para que me ayudéis y ayudéis a la Iglesia entera a dirigir de nuevo a los hombres de nuestro tiempo, con insistencia y urgencia, el llamamiento que les hice al comenzar mi ministerio romano y universal el domingo 22 de Octubre " ¡No tengáis miedo! ¡Abrid!, más todavía, ¡abrid de par en par las puertas a Cristo! ¡Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, la civilización y el desarrollo! ¡No tengáis miedo! Cristo conoce lo que hay dentro del hombre. ¡Sólo El lo conoce!".

TIEMPOS DE APERTURA

Vivimos en unos tiempos en que todo debería impulsar y empujar a la "apertura": el sentir vivamente la solidaridad universal entre los hombres y los pueblos, la necesidad de salvaguardar el ambiente y el patrimonio común de la humanidad, la urgencia de reducir el volumen y la amenaza mortal de los armamentos, el deber de arrancar de la miseria a millones de hombres que, con los medios para llevar una vida decorosa, encontrarían la posibilidad de aportar energías nuevas al esfuerzo común. Ahora bien, ante la envergadura y dificultades de la tarea, se observa en todas partes algo de freno.

En el origen de ello está el miedo; miedo sobre todo al hombre

y a su libertad responsable, un miedo que se agrava con frecuencia a causa del desencadenarse de violencias y represiones. Y en fin, se tiene miedo a Jesucristo, sea porque no se le conoce o también porque entre los mismos cristianos no se llega a hacer la experiencia, exigente pero a la vez vivificante, de una existencia inspirada en el Evangelio.

El primer servicio que debe prestar la Iglesia a la causa de la justicia y de la paz, es invitar a los hombres a abrirse a Jesucristo. En El volverán a captar su dignidad esencial de hijos de Dios, formados a la imagen de Dios, dotados de posibilidades insospechadas que los capacitan para afrontar las tareas del momento, ligados los unos a los otros a través de una fraternidad que tiene sus raíces en la paternidad de Dios. En El llegarán a ser libres para un servicio responsable. ¡Que no tengan miedo! Jesucristo no es ni un extraño ni un competidor. No hace sombra a nada auténticamente humano, ya sea la persona o sus varios logros científicos y sociales.

EL SERVICIO DE LA IGLESIA A LA CAUSA DE LA JUSTICIA Y DE LA PAZ

Tampoco la Iglesia es extraña o competidora. "La Iglesia —dice la *Gaudium et spes*—, que por razón de su misión y de su competencia no se confunde en modo alguno con la comunidad política ni está ligada a sistema político alguno, es a la vez signo y salvaguardia del carácter trascendente de la persona humana" (núm. 76,2).

Al abrir al hombre hacia Dios, la Iglesia lo libra de encerrarse en el sistema ideológico que sea, lo abre hacia sí mismo y hacia los otros, y lo hace disponible a crear cosas nuevas según las exigencias presentes de la evolución de la humanidad.

Con el don central de Jesucristo, la Iglesia no aporta a la tarea común un modelo prefabricado, sino un patrimonio —doctrinal y práctico— dinámico y que se ha ido desarrollando al contacto con las situaciones cambiantes de este mundo, bajo el impulso del Evangelio, como fuente de renovación, con una voluntad desinteresada de servicio y una atención a los más pobres (cf. *Octogesima adveniens*, 42).

RENOVAR AL MUNDO SEGUN CRISTO

Toda la comunidad cristiana toma parte en este servicio. Pero con gran oportunidad deseó el Concilio, y Pablo VI lo llevó a la práctica con la Pontificia Comisión *Iustitia et Pax*, "la creación de un organismo de la Iglesia universal, que tenga como función estimular a la comunidad católica para promover el desarrollo de las regiones pobres y la justicia social internacional" (*Gaudium et spes*, 90,3).

A este servicio universal habéis sido llamados al lado del Papa y bajo su dirección. Lo cumplís con espíritu de servicio y en diálogo —que convendrá ampliar— con las Conferencias Episcopales y los distintos organismos que se proponen el mismo objetivo en comunión con aquéllas. Lo lleváis a cabo con espíritu ecuménico, buscando incansablemente y adaptándolas las formas de cooperación capaces de hacer avanzar la unidad de los cristianos en el pensamiento y en la acción.

Sin detrimento de las muchas cuestiones que ocupan la atención de la Comisión, habéis consagrado esta asamblea general al tema del desarrollo de los pueblos.

La Iglesia ha estado presente desde el principio en este esfuerzo ingente y ha seguido sus esperanzas, dificultades y decepciones. La evaluación serena de los resultados positivos (si bien sean insuficientes) debe ayudar a superar las vacilaciones de ahora.

Habéis tenido interés en estudiar todo el conjunto de problemas que plantea la prosecución necesaria de la obra comenzada a nivel de comunidad internacional, en la vida interna de cada pueblo y a nivel de comunidades elementales, en el modo de concebir y llevar a la práctica nuevas maneras de vivir.

La Iglesia, para poder decir la palabra de esperanza que de ella se desea, y afianzar los valores espirituales y morales sin los que no puede haber desarrollo, debe escuchar con paciencia y simpatía a los hombres y a las instituciones que se ocupan de esa tarea a todos los niveles, y mediar los obstáculos a superar. No se escamotea la

realidad que se desea transformar.

ATENCIÓN PRIORITARIA A LOS POBRES Y A LOS QUE PADECEN INJUSTICIAS

La atención prioritaria a los que sufren pobreza radical y a los que padecen injusticias, constituyen sin duda alguna una preocupación fundamental de la Iglesia. En el afán por crear modelos de desarrollo, como a la hora de exigir sacrificios, hay que velar para que no queden mermadas las libertades y derechos personales y sociales esenciales, sin los cuales, por otra parte, dichos modelos quedarían condenados enseguida a un callejón sin salida. Y los cristianos han de procurar estar a la vanguardia en suscitar convicciones y modos de vida que rompan decisivamente el frenesí del consumo, agotador y falto de alegría.

Gracias, señor cardenal, por las palabras con las que me habéis atestado los sentimientos filiales y afectuosos de toda la Comisión. Vuestra presencia a la cabeza de este organismo es garantía de que los pueblos pobres, pero ricos en humanidad, estarán en el centro de sus preocupaciones. Gracias a los hermanos obispos, gracias a todos vosotros, queridos amigos, que aportáis a la Comisión y me prestáis a mí vuestra competencia y experiencia humana y apostólica. Mi agradecimiento a todos los miembros de la Curia aquí presentes: gracias a vosotros, la dimensión de la promoción humana y social puede penetrar mejor en la actividad de los otros dicasterios; a cambio de ello, la actividad de la Comisión *Iustitia et Pax* se insertará cada vez mejor en la misión global de la Iglesia.

LIBERACION Y EVANGELIZACION

Vosotros sabéis bien hasta qué punto llegó el interés del Concilio y de mis predecesores por encuadrar la acción de la Iglesia en favor de la justicia, de la paz, del desarrollo y de la liberación, dentro de su misión evangelizadora.

Frente a confusiones que renacen continuamente, conviene no reducir la evangelización a sus frutos en favor de la ciudad terrena: La Iglesia tiene el deber ante los hombres de hacerles llegar

hasta la fuente, hasta Jesucristo.

La Constitución Dogmática *Lumen gentium* sigue siendo ciertamente la "carta magna" conciliar: a su luz todos los otros textos adquieren su plena dimensión. En ella la Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, y todo lo que ésta aconseja, no está desvalorizado, sino corroborado.

En el nombre de Cristo os bendigo a vosotros y a vuestros colaboradores, a vuestros seres queridos y a vuestros países tan amados, sobre todo a los que sufren en la prueba. Volviendo al tema de la audiencia del miércoles pasado, diré que el Señor nos ayude y ayude a todos nuestros hermanos a comprometernos en los caminos de la justicia y de la paz.

7. OBREROS

DISCURSO A DIVERSOS GRUPOS DE OBREROS ITALIANOS

El Papa Juan Pablo II dirigió el 9 de Diciembre de 1978 un discurso a diversos grupos de obreros italianos en que trató sobre la justicia social y la santificación del trabajo.

Queridos hermanos y hermanas, trabajadores y trabajadoras de la Montedison, de la Sociedad Alfa-Romeo, de la Pirelli, del *Corriere della Sera*, y de otras Sociedades más, pertenecientes a los "Grupos de compromiso y presencia cristiana". ¡Sed bienvenidos a la casa del Padre común!

RECUERDO DE JUAN PABLO I

1. Sé que, desde hace tiempo, esperabais esta audiencia del Papa. Queráis ya encontraros con el Papa Juan Pablo I, de venerada memoria, que —según me dicen— era un poco de casa en la gran fábrica de Porto Marghera. El Señor lo ha llamado después de un pontificado tan breve, pero tan intenso que ha producido inmensa conmoción en el mundo. Y aquí tenéis al nuevo Papa, que está muy contento de recibir hoy a esta nutrida representación de la industria italiana tan importante y bien conocida en el mundo entero. Os saludo a todos de corazón y os agradezco la alegría que me proporcionáis con vuestra visita.

EL PAPA WOJTYLA TAMBIEN FUE OBRERO

2. Como sabéis, yo también fui obrero; durante un breve período de mi vida, durante la última guerra mundial, también yo tuve experiencia directa del trabajo en una fábrica. Conozco, pues, lo que significa la obligación de la fatiga cotidiana dependiendo de otros; conozco su pesadez y monotonía; conozco las necesidades de los trabajadores y sus justas exigencias y legítimas aspiraciones. Y sé cuánta necesidad hay de que el trabajo no sea jamás alienante ni cause frustración, sino que corresponda siempre a la superior digni-

dad espiritual del hombre.

LIBERTAD, FRATERNIDAD Y CARIDAD CRISTIANA

3. Sabéis, además, cómo la Iglesia, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, siempre ha estimado, protegido y defendido al hombre y a su trabajo, desde la condenación de la esclavitud, hasta la exposición sistemática de la "Doctrina social cristiana", desde la enseñanza de la caridad evangélica como precepto supremo, hasta las grandes Encíclicas sociales, como la *Rerum novarum* de León XIII, la *Quadragesimo Anno* de Pío XI, la *Mater et Magistra* de Juan XXIII, la *Populorum Progressio* de Pablo VI. La Iglesia, en relación a los trabajos penosos y a las tribulaciones de la historia humana, en el proceso dramático de la sistemación social y política de los pueblos, ha defendido siempre al trabajador, propugnando la urgencia de una auténtica justicia social, unida a la caridad cristiana, en un clima de libertad, de respeto recíproco, de fraternidad. A este propósito, sólo quería recordar el radiomensaje del Papa Juan XXIII a los obreros polacos, el 26 de mayo de 1963, pocos días antes de morir: "No ahorraremos fatiga, mientras vivamos, para que se tenga solicitud y cuidado de vosotros. Tened confianza en el amor de la Iglesia, y confíaos a ella tranquilos, en la certeza de que sus pensamientos son pensamientos de paz y no de aflicción".

4. Y ahora, ¿qué os diré yo a vosotros, trabajadores cristianos, qué os diré en particular que pueda servir como recuerdo de nuestro encuentro?

Lo primero de todo, deseo vivamente que el trabajo sea un derecho real para cada persona humana. La situación nacional e internacional es hoy tan difícil y complicada, que no podemos ser simplistas. Pero, porque sabemos que el trabajo es vida, serenidad, compromiso, interés, signo, debemos desearlo para todos.

UN DERECHO DE LA PERSONA HUMANA

Quien tiene trabajo se siente útil, válido, comprometido en algo que da valor a su propia vida. No tener trabajo es psicológicamente negativo y peligroso, tanto más para los jóvenes y para quien

ha de mantener una familia. Por tanto, mientras debemos dar gracias al Señor si tenemos trabajo, debemos sentir también la pena y la angustia de los desocupados y, en cuanto nos sea posible, esforzarnos para solucionar estas situaciones dolorosas. ¡No bastan las palabras! ¡Hay que ayudar concretamente, cristianamente! Mientras hago una llamada a los responsables de la sociedad, me dirijo también a cada uno de vosotros directamente: ¡Comprometed también vosotros para que todos puedan tener trabajo!

En segundo lugar, exhorto a la actualización de la justicia social. También aquí son muchos los problemas, son enormes; pero apelo a la conciencia de todos, a los que dan trabajo y a los trabajadores. Los derechos y los deberes son de ambas partes y, para que la sociedad pueda mantenerse en el equilibrio de la paz y del bienestar común, es necesario el compromiso de todos para combatir y vencer al egoísmo. Empresa difícil, ciertamente, pero el cristiano debe procurar escrupulosamente ser justo en todo y con todos, ya en remunerar y proteger el trabajo, ya en emplear sus propias fuerzas. Debe ser, en efecto, un testigo de Cristo en todas partes, y por eso también en el trabajo.

MANTENER SIEMPRE EN ALTO EL NOMBRE "CRISTIANO"

Finalmente os invito a la santificación del trabajo. No siempre es fácil, agradable y satisfactorio el trabajo; alguna vez puede ser molesto, no valorado, no bien retribuido, y hasta peligroso. Es necesario entonces recordar que todo trabajo es una colaboración con Dios para perfeccionar la naturaleza creada por El, y es un servicio a los hermanos. ¡Por eso, hay que trabajar con amor y por amor! Entonces estaréis siempre contentos y serenos y, aunque el trabajo cansa, se toma la cruz juntamente con Jesucristo y se soporta la fatiga con ánimo.

¡Queridos trabajadores y trabajadoras!

¡Sabed que el Papa os ama, os sigue en vuestras fábricas y en vuestros talleres, os lleva en el corazón! ¡Mantened en alto el nombre "cristiano" en los lugares de vuestro trabajo, juntamente con el de vuestra, más aún, nuestra Italia!

Con mi bendición apostólica.

S. ONU

MENSAJE A LA ORGANIZACION DE LAS NACIONES UNIDAS

Con motivo de la celebración del trigésimo aniversario de la declaración universal de los derechos humanos, el Papa Juan Pablo II dirigió una carta al Excelentísimo Señor Dr. Kurt Waldheim, Secretario de las Naciones Unidas, cuyo texto es el siguiente:

Excmo. Sr. Dr. Kurt Waldheim,
Secretario General de las
Naciones Unidas.

La circunstancia memorable del XXX aniversario de la Declaración universal de los Derechos Humanos, brinda a la Santa Sede la oportunidad de proclamar una vez más ante el pueblo y las naciones su constante interés y solicitud por los derechos humanos fundamentales, cuya expresión encontramos enseñada claramente en el mensaje mismo del Evangelio.

Teniendo esto presente quiero felicitarle, Sr. Secretario General, y por medio de usted felicitar al Presidente y miembros de la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunidos para conmemorar este aniversario. Deseo manifestar a todos mi conformidad plena con "el compromiso constante de la Organización de las Naciones Unidas de impulsar con más claridad, autoridad y mayor eficacia el respeto de los derechos fundamentales del hombre" (Pablo VI, Mensaje en el XXV aniversario de la Declaración universal de los Derechos Humanos, 10 de diciembre de 1973; AAS 65, 1973, pag. 674; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 23 de diciembre de 1973, pag. 2).

EN EL XXX ANIVERSARIO DE LA DECLARACION UNIVERSAL DE LOS DERECHOS HUMANOS

En estos treinta años pasados se han dado pasos notables y se han hecho algunos esfuerzos primordiales para crear y mantener instrumentos jurídicos que protejan los ideales señalados en esta Declaración.

Hace dos años se concertó la Convención internacional sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales, y también la convención internacional sobre los Derechos civiles y Políticos. Con ellos las Naciones Unidas dieron un paso importante hacia la puesta en práctica de los principios básicos que habían adoptado como suyos desde la fundación misma de la Organización, es decir, establecer vínculos que obliguen jurídicamente a promover los derechos humanos de los individuos, y a proteger sus libertades fundamentales.

Es cierto que sería una meta deseable conseguir que un mayor número de Estados se adhieran a estas Convenciones, a fin de que el contenido de la Declaración universal sea cada vez más operativo en el mundo. De este modo la Declaración encontraría mayor eco en cuanto expresión de la firme voluntad del pueblo en todas partes de impulsar, a través de garantías legales, los derechos de todos los hombres y mujeres sin discriminación de raza, sexo, lengua o religión.

Es de notar que la Santa Sede —coherente con su propia identidad y a distintos niveles— ha procurado ser siempre colaboradora fiel de las Naciones Unidas en todas las iniciativas que contribuyan a esta labor noble y difícil a un tiempo. La Santa Sede ha estimado, alabado y apoyado los esfuerzos de las Naciones Unidas encaminados a garantizar cada vez más eficazmente la protección plena y justa de los derechos y libertades fundamentales de la persona humana.

Si la evaluación de los treinta años transcurridos nos da motivos de auténtica satisfacción por los muchos avances realizados en este campo, sin embargo no podemos dejar de reconocer que el mun-

do en que vivimos hoy ofrece demasiados ejemplos de situaciones de injusticia y opresión. Uno se ve obligado a constatar divergencias, al parecer crecientes, entre las significativas declaraciones de las Naciones Unidas y el aumento masivo, a veces, de violaciones de derechos humanos en todos los sectores de la sociedad y del mundo. Esto sólo puede entristecernos y dejarnos insatisfechos del actual estado de cosas.

¿Quién puede negar que hoy en día hay personas individuales y poderes civiles que violan impunemente derechos fundamentales de la persona humana, tales como el derecho a nacer, el derecho a la vida, el derecho a la procreación responsable, al trabajo, a la paz, a la libertad y a la justicia social, el derecho a participar en las decisiones que conciernen al pueblo y a las naciones?

¿Y qué se puede decir cuando nos encontramos ante formas variadas de violencia colectiva, tales como la discriminación racial de individuos y grupos, la tortura física y psicológica de prisioneros y disidentes políticos? Crece el elenco cuando miramos los ejemplos de secuestros de personas por razones políticas, y contemplamos los raptos motivados por afán de lucro material que embisten con tanta dramaticidad contra la vida familiar y la trama social.

LA DOCTRINA DE JUAN XXIII EN LA "PACEM IN TERRIS"

En el mundo, tal como lo encontramos hoy, ¿qué criterios podemos adoptar para conseguir que los derechos de las personas sean protegidos? ¿Qué fundamento podemos ofrecer como terreno en que puedan desarrollarse los derechos individuales y sociales? Sin duda alguna tal fundamento es la dignidad de la persona humana. El Papa Juan XXIII lo explicó en la *Pacem in terris*: "En toda convivencia humana, bien organizada y fecunda, se debe colocar como fundamento el principio de que todo ser humano es persona...; y por lo tanto, de esa misma naturaleza nacen directamente al mismo tiempo derechos y deberes que, por ser universales e inviolables, son también absolutamente inalienables" (núm. 9).

Muy semejante es el preámbulo de la Declaración universal cuando dice: "El reconocimiento de la dignidad inherente y de los

derechos iguales e inalienables de los miembros de la familia humana, es la base de la libertad, la justicia y la paz en el mundo".

Es precisamente en esta dignidad de la persona donde los derechos humanos encuentran la fuente inmediata. Y es el respeto a esta dignidad lo que mueve a protegerla en la práctica. La persona humana, hombre y mujer, incluso cuando yerra, "no pierde su dignidad de persona, y merece siempre la consideración que se deriva de este hecho" (*Pacem in terris*, 158).

Para los creyentes, permitiendo que Dios hable al hombre, es como se puede contribuir más auténticamente a reforzar la convicción de que todo ser humano, hombre o mujer, tiene su propio destino; y a hacer caer en la cuenta de que todos los derechos se derivan de la dignidad de la persona, la cual está firmemente enraizada en Dios.

Deseo hablar ahora de estos derechos en sí mismos, tal y como fueron sancionados en la Declaración y, más en especial de uno de ellos, que ocupa sin duda un lugar central: el derecho a la libertad de opinión, conciencia y religión (cf. art. 18).

Permitidme llamar la atención de la Asamblea sobre la importancia y la gravedad de un problema que todavía hoy se siente y padece muy agudamente. Me refiero al problema de la libertad religiosa, que está en la base de todas las otras libertades, y va inseparablemente unida a éstas por razón de esa dignidad que es la persona humana.

La libertad verdadera es la característica preeminente de la humanidad; es la fuente de donde brota la dignidad humana; es "signo eminente de la imagen divina en el hombre" (*Gaudium et spes*, 17). Se nos ofrece y otorga como misión nuestra.

LA LIBERTAD RELIGIOSA SEGUN EL CONCILIO VATICANO II

Hoy en día los hombres y las mujeres tienen mayor conciencia de la dimensión social de la vida y, como consecuencia, se ha

sensibilizado más al principio de la libertad de opinión, conciencia y religión. Sin embargo, con tristeza y pena hondamente sentidas, tenemos que admitir también nosotros que por desgracia, y según la expresión del Concilio Vaticano II en la Declaración sobre la Libertad Religiosa, "no falta regímenes en los que, si bien su Constitución reconoce la libertad del culto religioso, sin embargo las autoridades públicas se empeñan en apartar a los ciudadanos de profesar la religión, y en hacer extremadamente difícil e insegura la vida a las comunidades religiosas" (*Dignitatis humanae*, 15).

La Iglesia se esfuerza por hacerse intérprete del ansia de libertad del hombre y de la mujer de nuestro tiempo. Por ello quisiera pedir solemnemente que se respete la libertad religiosa de todas las personas y de todos los pueblos, en todos los sitios y por parte de todos. Me siento movido a lanzar este llamamiento solemne porque estoy profundamente convencido de que, aun aparte del deseo de servir a Dios, el bien común de la sociedad en sí "se beneficia de los bienes morales de la justicia y de la paz que provienen de la fidelidad de los hombres a Dios y a su santa voluntad" (ib., 6). La profesión libre de la religión beneficia tanto a los individuos como a los Gobiernos. Por consiguiente, la obligación de respetar la libertad religiosa recae sobre todos, sean ciudadanos privados o autoridad civil legítima.

Entonces, ¿por qué resulta represiva y discriminatoria la acción practicada contra gran número de ciudadanos que se ven sometidos a soportar toda clase de opresiones e incluso la muerte, sencillamente por querer mantener sus valores espirituales, más aún cuando estas personas no han cesado de cooperar en todo lo que contribuye al verdadero progreso civil y social de su país? ¿No tendrían que ser más bien objeto de admiración y alabanza, en lugar de ser considerados sospechosos y criminales?

LA DOCTRINA DE PABLO VI

Mi predecesor Pablo VI planteó esta cuestión. "¿Puede un Estado solicitar fructuosamente una confianza y colaboración totales cuando por una especie de 'confesionalismo en negativo' se proclama ateísmo, aun afirmando respetar en un cierto marco las creencias indi-

viduales, toma posición contra la fe de parte de sus ciudadanos?" (Pablo VI, discurso al Cuerpo Diplomático, 14 de enero de 1978; *L'Osservatore Romano*, Edición en Lengua Española, 22 de enero de 1978, pag. 2).

La justicia, la sabiduría y el realismo al unísono, piden que se superen las posturas funestas del secularismo, especialmente la pretensión de querer reducir el hecho religioso a la esfera meramente privada. A cada persona, hombre o mujer, dentro del contexto de nuestra vida en sociedad, se le debe dar la oportunidad de profesar su propia fe y su credo, solo o con los demás, en privado y en público.

CONSTRUIR UNA SOCIEDAD MAS JUSTA

Hay un punto último que merece atención. Al insistir —muy justamente— en la defensa de los derechos humanos, nadie puede perder de vista las obligaciones y deberes que van implícitos en esos derechos. Todos tienen la obligación de ejercer sus derechos fundamentales de modo responsable y éticamente justificado. Todos los hombres o mujeres tienen el deber de respetar en los demás el derecho que reclaman para sí. Asimismo debemos aportar la parte que nos corresponde en la construcción de una sociedad que haga posible y factible el disfrute de los derechos y el cumplimiento de los deberes inherentes a tales derechos.

Concluyendo este mensaje, deseo manifestar cordialmente a usted, Sr. Secretario General, y a todos los que en diferente grado prestan servicio en vuestra Organización, mis mejores deseos, con la esperanza de que las Naciones Unidas continuarán promoviendo incansablemente en todos los sitios la defensa de la persona humana y de su dignidad, de acuerdo con el espíritu de la Declaración universal.

Vaticano, 2 de diciembre de 1978

(Fdo.) JUAN PABLO II

9. ORACION

LA ORACION, TAREA PRINCIPAL DEL PAPA Y

DE LA IGLESIA

En la tarde del domingo 23 de Octubre de 1978, el Papa Juan Pablo II peregrinó al Santuario de Nuestra Señora de las Gracias, a 40 kilómetros de Roma, en los montes prenestinos. En tal ocasión, enseñó que la primera tarea de los fieles y del Papa es la oración.

Desde la inauguración del Concilio Vaticano II he tenido posibilidad de residir en Roma varias veces, sea por los trabajos conciliares, sea por otras tareas que me encomendaba el Papa Pablo VI.

En estas ocasiones de mi estancia en Roma he visitado con frecuencia el santuario de la Virgen de la Mentorella. Este lugar escondido entre los montes me atraía de modo especial. Desde él se puede abarcar y admirar la vista magnífica del paisaje italiano. Incluso unos días antes del último Cónclave estuve aquí. Y si hoy he desado volver otra vez es por varias razones que ahora explicaré.

Antes quiero pedir disculpas a mis colaboradores, a las autoridades locales y a quienes se han ocupado de organizar y realizar este vuelo, porque mi venida les ha ocasionado una molestia más. Al mismo tiempo saludo cordialmente a los habitantes del vecino pueblo de Guadagnolo y a cuantos han acudido aquí de otras localidades cercanas. Saludo a los custodios de este santuario, los padres polacos de la Resurrección, y también al clero del contorno, con su obispo mons. Guglielmo Giaquinta.

En el Evangelio de San Lucas leemos que María, después de la anunciación, fue a la montaña para visitar a su parienta Isabel. Al llegar a Ain-Karim puso toda su alma en las palabras del cántico que la Iglesia recuerda cada día en Vísperas: *Magnificat*

anima mea Dominum, Mi alma glorifica al Señor". He deseado venir aquí, a estas montañas, a cantar el *Magnificat* siguiendo las huellas de María.

BUSCAR A DIOS EN LA SOLEDAD DE LAS MONTAÑAS COMO LA VIRGEN

Este es un lugar donde el hombre se abre a Dios de forma especial. Un lugar donde —lejos de todo y al mismo tiempo cerca de la naturaleza— se habla confidencialmente con Dios mismo. Se siente en lo más hondo algo que es la llamada personal del hombre. Y el hombre debe dar gloria a Dios Creador y Redentor; en cierto modo debe convertirse en voz de toda la creación para decir en su nombre *Magnificat*. Debe anunciar las *magnalia Dei*, las grandes obras de Dios y, a la vez, expresarse a sí mismo en esta relación sublime con Dios, porque en el mundo visible sólo él puede hacerlo.

En las temporadas de mi estancia en Roma, este lugar me ha ayudado mucho a orar. Y por esto he querido venir también hoy. La oración, que es expresión en distintos modos de la relación del hombre con el Dios vivo, es también la primera tarea y como el primer anuncio del Papa, del mismo modo que es el primer requisito de su servicio a la Iglesia y al mundo.

EL DESPERTAR ESPIRITUAL DEL HOMBRE MODERNO

En los pocos días transcurridos desde el 16 de octubre, he tenido la suerte de oír de labios de personas autorizadas, palabras que confirman el despertar espiritual del hombre moderno. Estas palabras —y ello es significativo— las han pronunciado sobre todo seculares que desempeñan altos cargos en la vida política de varias naciones y pueblos. Han hablado muchas veces de las necesidades del espíritu humano, que no son inferiores a las del cuerpo. Y al mismo tiempo han señalado en primer lugar a la Iglesia como capaz de satisfacer esas ansias.

Lo que ahora digo sea una primera respuesta, humilde, a todo lo que he oído: la Iglesia ora, la Iglesia quiere orar, desea estar al servicio del don más sencillo y, a la vez, más espléndido del

espíritu humano, que se realiza en la oración. En efecto, la oración es la expresión principal de la verdad interior del hombre, la primera condición de la auténtica libertad del espíritu.

La Iglesia ora y quiere orar para escuchar la voz interior del Espíritu divino, a fin de que El mismo pueda hablar en nosotros y con nosotros, con los mismos gemidos inenarrables de toda la creación.

La Iglesia ora y quiere orar para responder a las necesidades que nacen de lo más profundo del hombre, que a veces está sumamente agobiado y acosado por las condiciones contingentes de la vida diaria, por todo lo que es temporal, la debilidad, el pecado, el abatimiento, y una vida que parece no tener sentido. La oración da sentido a toda la vida en cada momento y en cualquier circunstancia.

Por ello el Papa, en cuanto Vicario de Cristo en la tierra, desea antes que nada unirse a cuantos tienden a la unión con Cristo en la oración, en cualquier sitio en que estén o se encuentren: como el beduino en la estepa, las carmelitas, los cirtercienses es la clausura profunda, o el enfermo en la cama de un hospital en medio de los sufrimientos de la agonía, o un hombre en actividad, en la plenitud de la vida, o las personas oprimidas y humilladas... en todos los sitios.

La Madre de Cristo fue a la montaña a decir su *Magnificat*. Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo acojan la oración del Papa en este santuario y conceda los dones del Espíritu a todos los que oran.

10. PAZ

MENSAJE PARA LA CELEBRACION DE LA JORNADA DE LA PAZ

Para la Jornada de la Paz del 1o. de Enero de 1979, el Papa Pablo VI había señalado el tema "Para lograr la Paz, educar para la Paz". Juan Pablo II quiso conservar tal tema y para ello dirigió al mundo el siguiente mensaje:

A todos vosotros que deseáis la paz:

La gran causa de la paz entre los pueblos tiene necesidad de todas las energías de paz latentes en el corazón del hombre. A suscitarlas y cultivarlas —a educarlas— ha querido mi predecesor Pablo VI, poco antes de su muerte, que fuese consagrada la Jornada mundial 1979, que lleva por lema:

"PARA LOGRAR LA PAZ, EDUCAR PARA LA PAZ"

A lo largo de todo su pontificado, Pablo VI ha recorrido con vosotros los difíciles caminos de la paz. Compartía vuestras angustias cuando la paz estaba en peligro. Sufría con aquellos que padecían el azote de la guerra. Alentaba todos los esfuerzos encaminados a restaurar la paz. Mantenía siempre la esperanza, con una indomable energía.

Convencido de que la paz es tarea de todos, había lanzado en 1967 la idea de una Jornada mundial de la Paz, deseando que todos vosotros la hicierais iniciativa propia. Desde entonces, cada año su Mensaje ofrecía a los responsables de las naciones y de las Organizaciones internacionales la oportunidad de renovar y expresar públicamente lo que legitima su autoridad: hacer progresar y cohabitar en la paz a hombres libres, justos y fraternos. Las comunidades más heterogéneas se encontraban para celebrar el bien inestimable de la paz y corroborar su voluntad de defenderla y servirla.

Yo recojo de manos de mi venerado predecesor el bastón de peregrino de la paz. Camino a vuestro lado con el Evangelio de la paz. "Bienaventurados los que trabajan por la paz". Al comienzo del año 1979, os invito a celebrar la Jornada mundial, colocándola —de acuerdo con el deseo de Pablo VI— bajo el signo de la educación para la paz.

I. UNA DURA TAREA

Una aspiración incoercible

Conseguir la paz: he ahí el resumen y la coronación de todas nuestras aspiraciones. La paz —tal es nuestro convencimiento— es plenitud y es alegría. Para hacerla real entre los países, se multiplican los intentos a través de intercambios bilaterales o multilaterales, conferencias internacionales; algunos toman personalmente iniciativas valientes, con el fin de establecer la paz o de hacer desaparecer la amenaza de una nueva guerra.

Una confianza quebrantada

Pero al mismo tiempo se observa que tanto las personas como los grupos no acaban de arreglar sus conflictos secretos o públicos. ¿Será, pues, la paz un ideal fuera de nuestro alcance? El espectáculo cotidiano de las guerras, de las tensiones, de las divisiones, siembra la duda y el desaliento. Focos de discordia y de odio parecen incluso atizados artificialmente por algunos que no pagan las consecuencias. Y con demasiada frecuencia los gestos de paz son irrisoriamente incapaces de cambiar el curso de las cosas, cuando no son arrastrados y al final utilizados por la lógica dominante de la explotación y de la violencia.

En unas partes, la timidez y la dificultad de las reformas necesarias envenenan las relaciones entre grupos humanos, unidos sin embargo por una larga o ejemplar historia común; nuevas ambiciones de poder inclinan a recurrir a la coacción del número o a la fuerza brutal para aclarar la situación, bajo la mirada impotente, muchas veces interesada y cómplice, de otros países próximos o lejanos; tanto los más fuertes como los más débiles ya no depositan

su confianza en los pacientes procedimientos de la paz.

En otras partes, el temor de una paz mal asegurada, los imperativos militares y políticos, los intereses económicos y comerciales llevan consigo la constitución de arsenales o la venta de armas de una capacidad alarmante de destrucción: la carrera de armamentos prevalece entonces sobre las grandes tareas pacíficas que deberían unir a los pueblos en una nueva solidaridad, alimenta conflictos esporádicos, pero sangrientos, y acumula las más graves amenazas. Es verdad: a primera vista, la causa de la paz tiene ante sí un obstáculo desesperante.

De palabras de la paz...

Sin embargo, en casi todos los discursos públicos a nivel de naciones o de Organismos internacionales, rara vez se ha hablado tanto de paz, de distensión, de entendimiento, de soluciones razonables de los conflictos, de acuerdo con la justicia. La paz se ha convertido en el lema que tranquiliza o quiere seducir. Esto, en cierto sentido, es un hecho positivo: la opinión pública de las naciones no aguantaría ya que se haga la apología de la guerra, ni tampoco que se corra el riesgo de una guerra ofensiva.

..a convicciones de paz

Pero para poner de manifiesto el desafío que se impone a toda la humanidad, frente a la dura tarea de la paz, hace falta algo más que palabras, sinceras o demagógicas. Sobre todo es necesario que penetre el verdadero espíritu de la paz a nivel de hombres políticos, de medios o de centros de los que dependen más o menos directamente, más o menos secretamente, los pasos decisivos hacia la paz o, al contrario, la prolongación de las guerras o de las situaciones de violencia. Es necesario, como mínimo, apoyarse sobre principios elementales pero seguros, como son los siguientes: las cosas de los hombres deben ser tratadas con humanidad, y no por la violencia. Las tensiones, las contiendas y los conflictos deben ser arreglados por negociaciones razonables y no por la fuerza. Las oposiciones ideológicas deben confrontarse en un clima de diálogo y de libre discusión. Los intereses legítimos de grupos determinados

deben tener también en cuenta los intereses legítimos de los otros grupos afectados y las exigencias del bien común superior. El recurso a las armas no debería ser considerado como el instrumento adecuado para solucionar los conflictos. Los derechos humanos imprescriptibles deben ser salvaguardados en toda circunstancia. No está permitido matar para imponer una solución.

Estos principios humanitarios los puede encontrar todo hombre de buena voluntad en su propia conciencia. Corresponden a la voluntad de Dios sobre los hombres. Para que se conviertan en convicciones, tanto para los poderosos como para los débiles, e impregnen toda su actividad, hay que devolverles toda su fuerza. Es necesaria una educación paciente y prolongada a todos los niveles.

II. LA EDUCACION PARA LA PAZ

1. Llenar nuestras miradas con horizontes de paz

Para vencer este sentimiento espontáneo de impotencia, la tarea y el primer beneficio de una educación digna de este nombre es mirar más allá de las tristes evidencias inmediatas, o más bien, aprender a reconocer, en el meollo mismo de los estallidos de la violencia que mata, el camino discreto de la paz que jamás renuncia, que incansablemente cura las heridas, que mantiene y hace progresar la vida. La marcha hacia la paz aparecerá entonces posible y deseable, fuerte y ya victoriosa.

Un repaso a la historia

Aprendamos primero a repasar la historia de los pueblos y de la humanidad, según esquemas más verdaderos que los de la concatenación de las guerras y de las revoluciones. Ciertamente, el ruido de las batallas domina la historia. Pero son las treguas de la violencia las que han consentido realizar esas obras culturales duraderas de las que se honra la humanidad. Además, si es que se puede encontrar en las guerras y en las mismas revoluciones unos factores de vida y progreso, ellos provienen de aspiraciones de orden distinto al de la violencia: son aspiraciones de naturaleza espiritual, tales como la voluntad de ver reconocida una dignidad común a toda la humanidad, de salvar el espíritu y la libertad de un pueblo. Donde existían estas aspiraciones, actuaban como un regulador en el seno mismo de los conflictos, impedían rupturas irremediables, mantenían

una esperanza y preparaban una nueva oportunidad para la paz. Donde faltaban tales aspiraciones o se alteraban en la exaltación de la violencia, dejaban el campo abierto a la lógica de la destrucción que ha llevado a regresiones económicas y culturales duraderas, y a la muerte de civilizaciones enteras. Responsables de los pueblos, sabed educaros a vosotros mismos en el amor de la paz, discerniendo y haciendo brillar en las grandes páginas de la historia nacional el ejemplo de vuestros predecesores, cuya gloria ha sido hacer germinar unos frutos de paz. "Dichosos los que trabajan por la paz...".

La estima a las grandes tareas pacificadoras de hoy

Hoy vosotros contribuiréis a la educación en la paz dando el mayor relieve posible a las grandes tareas pacificadoras que se imponen a la familia humana. A través de vuestros esfuerzos para llegar a una gestión razonable y solidaria del propio ambiente y del patrimonio común de la humanidad, a la erradicación de la miseria que abrumba a millones de hombres, a la consolidación de instituciones susceptibles de expresar y agrandar la unidad de la familia humana a nivel regional y mundial, los hombres descubrirán la llamada fascinante de la paz, que es reconciliación entre sí y reconciliación con su universo natural. Exhortando, contra todas las demagogias ambientales, a la búsqueda de modos de vida más simples, menos expuestos a la tiranía de los instintos de posesión, de consumo y de dominio, y más acogedores de los ritmos profundos de la creatividad personal y de la amistad, abridéis para vosotros mismos y para todos un espacio inmenso a las posibilidades insospechadas de la paz.

La irradiación de múltiples ejemplos de paz

Inhíbe tanto al individuo el sentimiento de que resulten vanos sus modestos esfuerzos en favor de la paz, en el límite restringido de las responsabilidades de cada uno, debido a los grandes debates políticos mundiales prisioneros de una lógica de simples medidas de fuerzas y de recurso a los armamentos, como lo libera el espectáculo de las instancias internacionales convencidas de las posibilidades de la paz, y empeñadas de manera apasionada en la construcción de la paz. La educación para la paz puede entonces beneficiar también de un interés renovado por los ejemplos cotidianos de sencillos artífices de paz a todos los niveles: son individuos y hogares que, por el dominio de sus pasiones, por la aceptación y el respeto mutuos, conquistan su propia paz interior y la difun-

den; son pueblos, a menudo pobres y probados, cuya sabiduría milenaria se ha forjado alrededor del bien supremo de la paz, que han sabido resistir frecuentemente a las seducciones engañosas de progresos rápidos conseguidos por la violencia, convencidos de que tales beneficios llevarían los gérmenes envenenados de nuevos conflictos.

Sí, sin ignorar el drama de las violencias, llenemos nuestras miradas y la de las jóvenes generaciones con estos objetivos de paz: son éstos los que ejercerán una atracción decisiva. Sobre todo, harán surgir la aspiración a la paz, que es un constitutivo del hombre. Estas energías nuevas harán inventar un nuevo lenguaje de paz y nuevos gestos de paz.

2. Hablar un lenguaje de paz

El lenguaje es para expresar los sentimientos del corazón y para unir. Pero cuando es prisionero de esquemas prefabricados, arrastra a su vez al corazón hacia sus propias pendientes. Hay que actuar, pues, sobre el lenguaje para actuar sobre el corazón e impedir las trampas del lenguaje.

Es fácil constatar hasta qué punto la ironía acerba y la dureza en los juicios, en la crítica de los demás y sobre todo el "extranjero", la constestación y la reivindicación sistemáticas invaden las comunicaciones orales y ahogan tanto la caridad social, cuanto la misma justicia. A fuerza de expresarlo todo en términos de relaciones de fuerza, de lucha de grupos y de clases, de amigos y de enemigos, se ha creado el terreno propicio a las barreras sociales, al menosprecio, es decir, al odio y al terrorismo y su apología disimulada o abierta. De un corazón conquistado por el valor superior de la paz, brotan al contrario el deseo de escuchar y de comprender, el respeto al otro, la dulzura, que es fuerza verdadera, y la confianza. Este lenguaje sitúa en el camino de la objetividad, de la verdad, de la paz. Grande es en este punto la función educativa de los medios de comunicación social. Y es también muy influyente la manera de expresarse en los intercambios y en los debates con ocasión de confrontaciones políticas, nacionales e internacionales. Responsables de las naciones y responsables de las Organizaciones internacionales, sabed encontrar un lenguaje nuevo, un lenguaje de paz: éste abre por sí mismo un nuevo espacio a la paz.

3. Hacer gestos de paz

Lo que suscita unos horizontes de paz, lo que sirve a un lenguaje de paz, debe expresarse en unos gestos de paz. En su ausencia, las convicciones nacientes se evaporan, y el lenguaje de paz se convierte en una retórica rápidamente desacreditada. Muy numerosos pueden ser los artífices de paz si toman conciencia de sus posibilidades y de sus responsabilidades. La práctica de la paz arrastra a la paz. Ella enseña a los que buscan el tesoro de la paz que este tesoro se descubre y se ofrece a quienes realizan modestamente, día tras día, todas las acciones de paz de que son capaces.

Padres, educadores y jóvenes

Padres y educadores, ayudad a los niños y a los jóvenes a hacer la experiencia de la paz en las mil acciones diarias que están a su alcance, en familia, en la escuela, en el juego, la camaradería, el trabajo en equipo, la competición deportiva, las múltiples conciliaciones y reconciliaciones necesarias. El Año Internacional del Niño, que las Naciones Unidas han proclamado para 1979, debería atraer la atención de todos sobre la aportación original de los niños a la paz.

Jóvenes, sed constructores de paz. Vosotros sois artífices con pleno derecho de esta gran obra común. Resistid a las facilidades que os adormecen en la triste mediocridad, y a las violencias estériles con que quieren utilizaros algunas veces unos adultos que no están en paz consigo mismos. Seguid los caminos que os marca vuestro sentido de la generosidad, de la alegría de vivir, del compartir. Vosotros deseáis invertir vuestras energías nuevas —que escapan a las discriminaciones apriorísticas— en unos encuentros fraternales por encima de fronteras, en el aprendizaje de lenguas extranjeras que faciliten la comunicación, en el servicio desinteresado a los países más necesitados. Vosotros sois las primeras víctimas de la guerra que destruye vuestro ímpetu. Vosotros sois la promesa de la paz.

Compañeros sociales

Compañeros de la vida profesional y social, la paz os resulta a menudo difícil de conseguir. No hay paz sin justicia y sin libertad, sin un compromiso valiente para promover una y otra. La fortaleza que hay que poner en práctica debe ser paciente, sin resignación ni renuncia, firme sin provocación, prudente para pre-

parar activamente los progresos deseables sin disipar las energías en llamaradas de indignación violenta prontamente extinguidas. Contra las injusticias y las opresiones, la paz está llamada a abrirse un camino en la adopción de una acción decidida. Pero esta acción debe llevar ya la marca del objetivo al que tiende, a saber, una mejor aceptación mutua de las personas y de los grupos. Encontrará una regulación en la voluntad de paz que proviene de lo más profundo del hombre, en las aspiraciones y en la legislación de los pueblos. Es esta capacidad de paz, cultivada, disciplinada, la que da lucidez en orden a dar a las tensiones y a los mismos conflictos las treguas necesarias para desarrollar su lógica fecunda y constructiva. Lo que ocurre en la vida social interna de los países tienen una repercusión considerable —en lo bueno y en lo malo— sobre la paz entre las naciones.

Hombres políticos

Pero, hay que insistir en ello de nuevo, estos múltiples gestos de paz corren el riesgo de ser desalentados y en parte aniquilados por una política internacional que no hallara la misma dinámica de paz. Hombres políticos, responsables de los pueblos y de las Organizaciones internacionales, yo os manifiesto mi estima sincera y doy mi total apoyo a vuestros esfuerzos, muchas veces agotadores, por mantener o restablecer la paz. Es más, consciente de que va en ello la felicidad e incluso la supervivencia de la humanidad, y persuadido de la gran responsabilidad que me incumbe de hacer eco a la llamada capital de Cristo: "Dichosos los que trabajan por la paz", me atrevo a alentaros a que vayáis más lejos. Abrid nuevas puertas a la paz. Hace todo lo que está en vuestras manos para hacer prevalecer la vía del diálogo sobre la de la fuerza. Que esto tenga aplicación en primer lugar en el plano interior: ¿Cómo pueden los pueblos promover de verdad la paz internacional, si son ellos mismos prisioneros de ideologías según las cuales la justicia y la paz no se obtienen más que reduciendo a la impotencia a aquellos que, ya de antemano, son considerados indignos de ser artífices de la propia suerte o cooperadores válidos del bien común? En las negociaciones con los adversarios, estad persuadidos de que el honor y la eficiencia no se miden por el grado de inflexibilidad en la defensa de los intereses, sino por la capacidad de respeto, de verdad, de benevolencia y de fraternidad para con los colegas, en una palabra, por su humanidad. Llevad a cabo gestos de paz, incluso audaces, que rompan con los encadenamientos fatales y con el peso de las pasiones heredadas de la historia; tejed después pacientemente la trama política, económica y cultural de la paz. Cread

—la hora es propicia y el tiempo urge— zonas cada vez más amplias de desarme. Tened la valentía de examinar nuevamente y en profundidad la turbadora cuestión del comercio de las armas. Sabed detectar a tiempo y regular con serenidad los conflictos latentes, antes de que despierten las pasiones. Proporcionad marcos institucionales apropiados a las solidaridades regionales y mundiales. Renunciad a utilizar, al servicio de conflictos de interés, los legítimos valores, es decir, espirituales, que se degradan si se los instrumentaliza. Velad para que la legítima pasión comunicativa de las ideas se ejerza por la vía de la persuasión y no bajo la presión de las amenazas y de las armas.

Poniendo en práctica gestos resueltos de paz, liberaréis las verdaderas aspiraciones de los pueblos, y encontraréis en ellas aliados poderosos para trabajar por el desarrollo pacífico de todos. Os educaréis vosotros mismos para la paz, despertaréis en vosotros convicciones firmes y una nueva capacidad de iniciativa al servicio de la gran causa de la paz.

III. LA CONTRIBUCION ESPECIFICA DE LOS CRISTIANOS

La importancia de la fe

Toda esta educación para la paz —entre los pueblos, en su propio país, en ambiente, en sí mismo— se ofrece a todos los hombres de buena voluntad, como recuerda la Encíclica *Pacem in terris* del Papa Juan XXIII. En grados diversos, está a su alcance. Y como "la paz en la tierra... no puede fundarse ni afirmarse más que en el respeto absoluto del orden establecido por Dios" (Encíclica citada, AAS 55, 1963, pag. 257), los creyentes tienen en su religión las luces, los reclamos, las fuerzas, para trabajar por la educación para la paz. El verdadero sentimiento religioso no puede menos de promover la verdadera paz. Los poderes públicos, al reconocer como se debe la libertad religiosa, favorecen la expansión del espíritu de paz, en lo más profundo de los corazones y en las instituciones educativas promovidas por los creyentes. Los cristianos, por su parte, están especialmente educados por Cristo y entrenados por El para ser artífices de paz: "Dichosos los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios" (Mt 5, 9; cf. Lc 10, 5, etc.). Al final de este Mensaje, se comprenderá que llamo particularmente la atención de los hijos de la Iglesia, con el fin de estimular su contribu-

ción a la paz y situarla en el gran designio de paz, revelado por Dios en Jesucristo. La aportación específica de los cristianos y de la Iglesia en la obra común, será tanto más segura cuanto más se nutra en sus propias fuentes, en su esperanza propia.

La visión cristiana de la paz

Queridos hermanos y hermanas en Cristo: la aspiración a la paz que vosotros compartís con todos los hombres, corresponde a una llamada inicial de Dios a formar una sola familia de hermanos, creados a imagen del mismo Padre. La revelación insiste sobre nuestra libertad y nuestra solidaridad. Las dificultades que encontramos en la marcha hacia la paz, están ligada en parte a nuestra debilidad de creaturas, cuyos pasos son necesariamente lentos y progresivos; estas dificultades se agravan a causa de nuestros egoísmos, nuestros pecados de toda índole, a consecuencia del pecado de origen que ha marcado una ruptura con Dios, produciendo una ruptura entre hermanos. La imagen de la Torre de Babel describe bien la situación. Pero nosotros creemos que Jesucristo, mediante la donación de su vida en la cruz, se ha convertido en nuestra paz: El ha derribado el muro de odio que separaba a los hermanos enemistados (Ef 2,14). Mediante su resurrección y entrada en la gloria del Padre, nos asocia misteriosamente a su vida: reconcilándonos con Dios, repara las heridas del pecado y de la división, y nos hace capaces de inscribir en nuestras sociedades un esbozo de la unidad que El restablece en nosotros. Los discípulos más fieles de Cristo han sido artífices de paz, llegando hasta perdonar a sus enemigos, hasta ofrecer muchas veces su propia vida por ellos. Su ejemplo traza el camino a una humanidad nueva que no se contenta ya con compromisos provisionales, sino que realiza la fraternidad más profunda. Sabemos que nuestra marcha hacia la paz en la tierra, sin perder su consistencia natural ni sus propias dificultades, está englobada en el interior de otra marcha, la de la salvación, que se termina en una plenitud eterna de paz, en una comunión total con Dios. Así, el reino de Dios, reino de paz, con su propia fuente, sus medios y su fin, penetra ya toda la actividad terrena sin diluirse en ella. Esta visión de fe tiene un impacto profundo sobre la actividad cotidiana de los cristianos.

El dinamismo cristiano de la paz

Ciertamente, avanzamos por los caminos de la paz, con las debilidades y las búsquedas vacilantes de todos nuestros compañeros de viaje. Sufrimos con ellos la trágica falta de paz. Sentimos la urgencia de ponerle remedio con mayor resolución aún, por el honor de Dios y por el honor del hombre. No pretendemos hallar en la lectura del Evangelio fórmulas ya hechas para llevar a cabo hoy tal o cual progreso para la paz. Pero todos hallamos casi en cada página del Evangelio y de la historia de la Iglesia, *un espíritu*, el del amor fraterno, que educa poderosamente para la paz. Hallamos en los dones del espíritu Santo y en los sacramentos, *una fuerza* alimentada en la fuente divina. Hallamos en Cristo, *una esperanza*. Los fracasos no lograrán hacer vana la obra de la paz, aún cuando los resultados inmediatos sean frágiles, aún cuando nosotros seamos perseguidos por nuestro testimonio en favor de la paz. Cristo Salvador asocia a su destino a todos aquellos que trabajan con amor por la paz.

La oración por la paz

La paz es obra nuestra: exige nuestra acción decidida y solidaria. Pero es inseparablemente y por encima de todo un don de Dios: exige nuestra oración. Los cristianos deben estar en primera fila entre aquellos que oran diariamente por la paz, deben además educar para *orar por la paz*. Ellos procurarán orar con María, Reina de la paz.

A todos, cristianos, creyentes y hombres de buena voluntad, os digo: no tengáis miedo de apostar por la paz, de educar para la paz. La aspiración a la paz no quedará nunca decepcionada. El trabajo por la paz, inspirado por la caridad que no pasa, dará sus frutos. La paz será la última palabra de la historia.

Vaticano, 8 de diciembre de 1978

(Fdo.) JUAN PABLO II

11. SACERDOTES

ORIENTACIONES DOCTRINALES, PASTORALES Y

DISCIPLINARES A LOS SACERDOTES

En la mañana del 9 de Noviembre de 1978, Juan Pablo II convocó a los sacerdotes de Roma. A las palabras del Cardenal Vicario, Hugo Poletti, el Papa respondió con el siguiente discurso:

Señor Cardenal:

1. De todo corazón deseo agradecer las palabras que me ha dirigido al comienzo de este encuentro. Con el Cardenal Vicario, el vicergerente y los obispos auxiliares, está presente hoy aquí el clero de la diócesis de Roma, para encontrarse con el nuevo Obispo de Roma, que Cristo ha designado a través del voto de los cardenales en el Cónclave del 16 de octubre, después de la muerte repentina del Papa tan amado Juan Pablo I. Debo confesaros, queridos hermanos, que he deseado mucho este encuentro y lo he esperado mucho. Sin embargo, recogiendo la herencia de mis venerables predecesores —en efecto, apenas nos separan tres meses de la muerte del gran Papa Pablo VI— he pensado que convenía actuar gradualmente; más todavía al ser tan insólitas las circunstancias.

DESPUES DE 455 AÑOS UN PAPA NO ITALIANO

Al cabo de 455 años, la sucesión de los Obispos de Roma cuenta con un Papa que viene de más allá de los confines de Italia. Por ello me ha parecido obligado que la toma de posesión de la diócesis de Roma, vinculada a la entrada solemne en la basílica de San Juan de Letrán, fuera precedida de un período de preparación. En este tiempo he querido insertarme en la magnífica corriente de la tradición cristiana de Italia, patente en la figura de sus dos Patronos, San Francisco de Asís y Santa Catalina de Siena. Después de esta preparación, deseo cumplir el deber fundamental de mi pontificado, es decir, tomar posesión de Roma como dió-

cesis, como Iglesia de esta ciudad, asumir oficialmente la responsabilidad de esta comunidad, de esta tradición en cuyo origen está San Pedro Apóstol.

Soy plenamente consciente de haber llegado a ser Papa de la Iglesia universal por ser Obispo de Roma. El ministerio (*munus*) del Obispo de Roma, en cuanto Sucesor de Pedro, es la raíz de su universalidad.

Nuestro encuentro de hoy en la fiesta de la Dedicación de la Basílica Lateranense, es como la inauguración del acto solemne que tendrá lugar el domingo próximo. Saludo al Cardenal Vicario, a mons. vicegerente a los obispos y sacerdotes aquí reunidos, tanto diocesanos como religiosos. A todos doy mi más cordial bienvenida en nombre de Cristo Salvador.

LA VIDA ECLESIAL Y PASTORAL EN LA DIOCESIS DE ROMA

2. Con gran atención he escuchado el discurso del cardenal Vicario. Añado que antes de nuestro encuentro de hoy, había tenido ya la bondad de informarme sobre varias cuestiones relativas a la diócesis de Roma y, en particular, sobre la actividad pastoral que pesa sobre vuestros hombros, queridos hermanos sacerdotes, en esta diócesis, la primera por dignidad entre las diócesis de la Iglesia.

TESTIMONIAR VITALMENTE LA FE EVIDENCIANDO LA DIMENSION SOCIAL DEL EVANGELIO

Mientras escuchaba el discurso constataando con gozo que los problemas más esenciales me resultan familiares. Forman parte de toda mi experiencia precedente. Veinte años de servicio episcopal y casi quince de dirección pastoral de una de las diócesis más antiguas de Polonia, la archidiócesis de Cracovia, hacen que estos problemas vuelvan a tomar vida en mi recuerdo, obligándome a confrontarlos entre sí, sin dejar de tener en cuenta —como es obvio— la diferencia de situaciones. Sé muy bien lo que significa la evangelización y la actividad pastoral en una ciudad cuyo centro monumen-

tal abunda en iglesias casi despobladas, mientras van surgiendo al mismo tiempo barrios y suburbios nuevos a los que es necesario atender, luchando incluso por conseguir iglesias nuevas, parroquias nuevas y las demás condiciones fundamentales para la evangelización. Recuerdo a los sacerdotes dignos de admiración; celosos y con frecuencia heroicos con quienes he compartido afanes y luchas. Por estos caminos la fe, alimentada por la tradición, cobra fuerzas nuevas. La laicización programada o también la que brota de costumbres y predisposiciones de los habitantes de una ciudad grande, se detiene cuando encuentra un testimonio vital de fe que sabe hacer patente también la dimensión social del Evangelio.

Conozco igualmente, queridos hermanos, el significado de cada una de las instituciones y estructuras de las que el Cardenal Vicario ha tenido a bien darme noticia. O sea, la curia —en nuestro caso el Vicariato de Roma—, las prefecturas y el correspondiente consejo de párrocos prefectos, así como el consejo presbiteral. He aprendido a apreciar en su justo valor estas formas de trabajo en grupo. Todas ellas no son sólo estructuras administrativas, sino centros en los que se expresa y realiza nuestra comunión sacerdotal y también la unión dentro del servicio pastoral y de la evangelización. En mi anterior trabajo episcopal me ha prestado gran servicio el consejo presbiteral, en cuanto comunidad y como lugar de encuentro para compartir, junto con el obispo, la solicitud común hacia toda la vida del *presbyterium*, y para dar eficacia a su actividad pastoral.

EL PRESBITERIO, EL SEMINARIO Y LAS PARROQUIAS

Entre las instituciones que el cardenal Vicario ha enumerado en su discurso, en mi anterior servicio de obispo he seguido muy de cerca y he estimado mucho estas tres: el seminario, la universidad de ciencias teológicas y la parroquia.

¡Cómo quisiera contribuir a su desarrollo!

El seminario es de hecho “la pupila de los ojos” no sólo de los obispos, sino de toda la Iglesia local y universal.

A la universidad de ciencias teológicas —en este caso la Universidad Lateranense— estimaré tanto como amaba y sigo amando la facultad de teología de Cracovia, con sus distintos anejos.

¡Respecto de la parroquia, qué razón tan profunda encuentro para decir que el obispo se siente más a gusto “en la parroquia”! La visita a las parroquias —células fundamentales de la organización de la Iglesia y, a la vez, de la comunidad del Pueblo de Dios— ¡cuánto me gustaba! Espero poder continuarlas aquí para conocer vuestros problemas y los de las parroquias. Sobre este tema hemos tenido conversaciones preliminares con su Eminencia y sus obispos.

EL SACERDOCIO SACRAMENTAL

3. Todo lo que digo se refiere a vosotros y os toca directamente, queridos hermanos sacerdotes romanos. Mientras me encuentro aquí con vosotros por vez primera y os saludo con afecto sincero, tengo todavía ante los ojos y en el corazón al *presbyterium* de la Iglesia de Cracovia: todos nuestros encuentros en ocasiones varias, las conversaciones frecuentes que comenzaban ya en los años de seminario, las reuniones de sacerdotes compañeros de ordenación de cada uno de los cursos del seminario, a las que siempre me invitaban y en las que yo tomaba parte con gozo y provecho.

Está claro que no será posible trasplantar aquí todo aquello en estas condiciones nuevas de trabajo; pero debemos hacer todo lo posible para estar cerca, para formar el *unum*, la comunión sacerdotal constituida por todo el clero diocesano y religioso, y por los sacerdotes procedentes de distintas partes del mundo, que trabajan en la Curia Romana e igualmente se dedican con celo al ministerio pastoral.

COMUNION SACERDOTAL

Esta comunión de los sacerdotes entre sí y con el obispo, es la condición fundamental de la unión entre todo el Pueblo de Dios. Aquella construye su unidad en el pluralismo y en la solidaridad cristiana. La unión de los sacerdotes con el obispo debe convertirse en la fuente de la unión mutua entre los sacerdotes y los grupos de

sacerdotes. Esta unión, en cuya base encontramos la conciencia de la grandeza de la propia misión, se expresa en el intercambio de servicios y experiencias, en la disponibilidad a colaborar, en la inserción en todas las actividades pastorales, sea en la parroquia o la catequesis o al dirigir la acción apostólica de los laicos.

TOMAR EL CALIZ DE LA SALVACION

Queridos hermanos: Debemos amar desde lo más profundo del alma nuestro sacerdocio, como gran “sacramento social”. Debemos amarlo como la esencia de nuestra vida y de nuestra vocación, como base de nuestra identidad cristiana y humana.

Ninguno de nosotros puede estar dividido en sí mismo.

El sacerdocio sacramental, el sacerdocio ministerial, exige una fe particular, un empeño especial de todas las fuerzas del alma y del cuerpo, exige un aprecio especial de la propia vocación en cuanto vocación excepcional. Cada uno de nosotros debe agradecer de rodillas a Cristo el don de esta vocación: “¿Qué podré yo dar a Yavé por todos los beneficios que me ha hecho? Tomaré el cáliz de la salvación e invocaré el nombre de Yavé” (Sal 115).

Queridos hermanos: debemos tomar el “cáliz de la salvación”.

NECESIDAD DE DAR UN TESTIMONIO CLARO

Somos necesarios a los hombres, somos inmensamente necesarios, y no a medio servicio ni a medio tiempo, como si fuéramos unos “empleados”.

Somos necesarios como el que da testimonio, y despertamos en los otros la necesidad de dar testimonio. Y si alguna vez puede parecer que no somos necesarios, quiere decir que debemos comenzar a dar un testimonio más claro, y entonces nos percataremos de lo mucho que el mundo de hoy necesita de nuestro testimonio sacerdotal, de nuestro servicio, de nuestro sacerdocio.

Debemos dar y ofrecer a los hombres de nuestro tiempo, a

nuestros fieles, al pueblo de Roma, este testimonio con toda nuestra existencia humana, con todo nuestro ser.

El testimonio sacerdotal, el tuyo, queridísimo hermano sacerdote, y el mío, comprometen a toda nuestra persona. Sí, de hecho el Señor parece decirnos:

“Tengo necesidad de tus manos para seguir bendiciendo,/ tengo necesidad de tus labios para seguir hablando,/ tengo necesidad de tu cuerpo para seguir sufriendo./ Tengo necesidad de tu corazón para seguir amando,/ tengo necesidad de tí para seguir salvando”. (Michel Quoist, *Plegarias*).

EN EL MUNDO SIN SER DEL MUNDO

No nos hagamos la ilusión de servir al Evangelio si tratamos de “diluir” nuestro carisma sacerdotal a través de un interés exagerado hacia el amplio campo de los problemas temporales, si deseamos “laicizar” nuestra manera de vivir y actuar, si cancelamos hasta los signos externos de nuestra vocación sacerdotal. Debemos mantener el significado de nuestra vocación singular, y tal “singularidad” se debe manifestar también en nuestra forma de vestir. ¡No nos avergoncemos de ello!

Sí, estamos en el mundo, ¡pero no somos del mundo!

El Concilio Vaticano II nos ha recordado la espléndida verdad sobre el “sacerdocio universal” de todo el Pueblo de Dios, que se deriva de la participación en el único sacerdocio de Jesucristo.

DIFERENCIA ESENCIAL ENTRE EL SACERDOCIO UNIVERSAL DE LOS FIELES Y EL SACERDOCIO MINISTERIAL

Nuestro sacerdocio “ministerial”, radicado en el sacramento del orden, se diferencia esencialmente del sacerdocio universal de los fieles. Ha sido instituido a fin de iluminar más eficazmente a nuestros hermanos y hermanas que viven en el mundo —es decir, los laicos— acerca del hecho de que todos somos en Jesucristo “reino de sacerdotes” para el Padre.

El sacerdote alcanza este objetivo a través del ministerio que le es propio, el ministerio de la palabra y de los sacramentos, y sobre todo a través del sacrificio eucarístico para el cual sólo él está autorizado; todo ello el sacerdote lo lleva a cabo asimismo a través de un estilo de vida apropiado.

EL SAGRADO CELIBATO

Por esto nuestro sacerdocio debe ser límpido y expresivo. Y si en la tradición de nuestra Iglesia está estrechamente vinculado el celibato, lo está precisamente por la limpidez y transparencia “evangélica” a que se refieren las palabras de Nuestro Señor sobre el celibato: “por amor del reino de los cielos” (cf. Mt 19, 12).

El Concilio Vaticano II y uno de los primeros Sínodos Episcopales, el de 1971, han prestado gran atención a estas cuestiones. Recordemos, además, que Pablo VI elevó a los altares al Beato Maximiliano Kolbe, sacerdote, durante dicho Sínodo. Hoy quiero referirme a todo cuanto se enunció entonces y también al testimonio sacerdotal de mi compatriota.

EL PROBLEMA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Quisiera confiaros asimismo otro problema que llevo muy en el corazón: las vocaciones sacerdotales para esta querida ciudad y amada diócesis de Roma.

Estimados sacerdotes: haceos solidarios de esta preocupación mía y de mi interés por ella.

Volved a vuestros recuerdos personales. ¿Acaso no se halla en los principios de vuestra vocación un sacerdote ejemplar que guió vuestros primeros pasos hacia el sacerdocio? ¿No es verdad que vuestro primer pensamiento, vuestro primer deseo de servir al Señor, están ligados a la persona concreta de un sacerdote-confesor, de un sacerdote-amigo? Vaya a este sacerdote vuestro recuerdo agradecido, vuestro corazón rebosante de gratitud.

Sí, el Señor tiene necesidad de intermediarios, de instrumen-

tos para hacer oír su voz y su llamada. Queridos sacerdotes: Ofreceos al Señor para ser instrumentos suyos en la llamada a nuevos obreros para su viña. Jóvenes generosos no faltan.

LA ORACION SACERDOTAL DE JESUS

Con gran humildad y amor suplico a Cristo, único y eterno Sacerdote, por intercesión de su Madre y Madre nuestra, tan venerada en la imagen conocida en todo el mundo como *Salus Populi Romani*, que nuestro servicio sacerdotal y pastoral común en esta diócesis, que es la diócesis más venerable de la Iglesia universal, sea bendecido y produzca frutos copiosos.

Tomando finalmente las palabras de la oración sacerdotal de Jesucristo, termino diciendo: "Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos que me has dado, para que sean uno..., para que ninguno se pierda..., para que sean santificados en la verdad". (cf. Jn 17, 11.19).

12. SEMINARISTAS

ENCUENTRO "EUCARISTICO" CON LOS SEMINARISTAS

Juan Pablo II recibió a los seminaristas el domingo 19 de Noviembre de 1978 en la Casa Pontificia. Concelebró la Eucaristía en la Capilla paulina con el cardenal Vicario y los Superiores del Seminario Mayor, del Colegio Capránica y del Seminario Menor. Entonces pronunció la siguiente homilía:

LA SANTA MISA, AUDIENCIA DE CRISTO A LA HUMANIDAD

1. Nuestro encuentro de hoy tiene el carácter de una audiencia especial. Es —si se puede decir así— una audiencia eucarística. No la "damos", pero la "celebramos". Esta es una sagrada liturgia. Concelebran conmigo, nuevo Obispo de Roma, y con el señor Cardenal Vicario, los superiores de los seminarios de esta diócesis y participan en esta Eucaristía los alumnos del Seminario Romano, del Seminario Capránica y del Seminario Menor.

El Obispo de Roma desea visitar sus seminarios; pero, mientras tanto, hoy habéis venido vosotros a él para esta sagrada audiencia.

La Santa Misa es también una audiencia. Quizá la comparación sea muy atrevida, quizá poco conveniente, quizá demasiado "humana"; sin embargo, me permito emplearla: ésta es una audiencia que el mismo Cristo concede continuamente a toda la humanidad —que El concede a una determinada comunidad eucarística— y a cada uno de nosotros que constituimos esta asamblea.

DIALOGO CON DIOS

2. Durante la audiencia escuchamos al que habla. Y también nosotros intentamos hablarle de modo que El pueda escucharnos.

En la liturgia eucarística Cristo habla ante todo con la fuerza

de su Sacrificio. Es un discurso muy conciso y a la vez muy ardiente. Se puede decir que sabemos de memoria este discurso; sin embargo, cada vez resulta nuevo, sagrado, revelador. Contiene en sí todo el misterio del amor y de la verdad, porque la verdad vive del amor y el amor de la verdad. Dios, que es Verdad y Amor, se ha manifestado en la historia de la creación y en la historia de la salvación; El propone de nuevo esta historia mediante el sacrificio redentor que nos ha transmitido en el signo sacramental, no sólo para que lo meditemos en el recuerdo, sino para que lo renovemos, lo volvamos a celebrar.

Celebrando el sacrificio eucarístico, somos introducidos cada vez en el misterio de Dios mismo y también en toda la profundidad de la realidad humana. La Eucaristía es anuncio de muerte y de resurrección. El misterio pascual se expresa en ella como comienzo de un tiempo nuevo y como esperanza final.

Es Cristo mismo el que habla, y nosotros no cesamos jamás de escucharle. Deseamos continuamente esta fuerza suya de salvación, que se ha convertido en "garantía" divina de las palabras de vida eterna.

El tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6, 68).

LENGUAJE DE SUFRIMIENTO Y DE ESPERANZA

3. Lo que nosotros queremos decirle a El es siempre nuestro, porque brota de nuestras experiencias humanas, de nuestros deseos; pero también de nuestras penas. Es frecuentemente un lenguaje de sufrimiento, pero también de esperanza. Le hablamos de nosotros mismos, de todos los que esperan de nosotros que los recordemos ante el Señor.

Esto que decimos se inspira en la Palabra de Dios. La liturgia de la palabra precede a la liturgia eucarística. En relación a la palabra escuchada hoy, tendremos muchísimas cosas que decir a Cristo, durante esta sagrada audiencia.

ENTREGA TOTAL A CRISTO, VIVIDA EN EL CELIBATO

Queremos, pues, hablarle ante todo del talento singular —y quizá no uno solo, sino cinco— que hemos recibido: la vocación sacerdotal, la llamada a encaminarnos hacia el sacerdocio, entrando

en el seminario. Todo talento es una obligación. ¡Cuánto más nos sentiremos obligados por este talento, para no echarlo a perder, no "esconderlo bajo tierra", sino hacerlo fructificar! Mediante una seria preparación, el estudio, el trabajo sobre el propio yo, y una sabia formación del "hombre nuevo" que, dándose a Cristo sin reserva en el servicio sacerdotal, vivido en el celibato, podrá llegar a ser de modo particular "un hombre nuevo para los demás".

Queremos hablar también a Cristo del camino que nos conduce a cada uno al sacerdocio, hablarle cada uno de su propia vida. En ella buscamos perseverar con temor de Dios, como nos invita a hacer el Salmista. Este es el camino que nos hace salir de las tinieblas para llevarnos hacia la luz, como escribe San Pablo. Queremos ser "hijos de la luz". Queremos velar, queremos ser moderados, sobrios y responsables para nosotros y para los demás.

ORACION DEL SUPREMO PASTOR POR LOS SACERDOTES Y LAS VOCACIONES

Ciertamente cada uno de nosotros tendrá todavía muchas cosas que decir durante esta audiencia —cada uno de vosotros, superiores, y cada uno de vosotros, queridísimos alumnos—.

Y, ¿qué diré a Cristo yo, vuestro Obispo?

Antes de nada, quiero decirle: Te doy gracias por todos los que me has dado.

Quiero decirle una vez más (se lo repito continuamente): ¡La mies es mucha! ¡Envía obreros a tu mies!

Y además quiero decirle: Guárdalos en la verdad y concédeles que maduren en la gracia del sacramento del sacerdocio, para el que se preparan.

Todo esto quiero decírselo por medio de su Madre, a la que veneráis en el Seminario Romano, contemplando la imagen de la "Virgen de la Confianza", de la cual el siervo de Dios Juan XXIII era especialmente devoto.

Os confío, pues, a esta Madre: a cada uno de vosotros y a todos y a los tres Seminarios de mi nueva diócesis. Amén.

13. VIDA RELIGIOSA

13.1 ENCUENTRO CON LAS RELIGIOSAS

El Papa Juan Pablo II se reunió con las religiosas de Roma el día 10 de Noviembre de 1978 en las horas de la tarde. En esta ocasión ofreció orientaciones doctrinales, pastorales y disciplinares para la adecuada comprensión y vivencia de la vida religiosa.

Queridas hermanas:

1. Ayer, festividad de la Dedicación de la basílica del Santísimo Salvador de Letrán, di comienzo a la preparación del gran acto de toma de posesión de dicha basílica —cátedra del Obispo de Roma—, que tendrá lugar el domingo próximo. Por ello, me he encontrado ayer con el clero de la diócesis de Roma, sobre todo con los sacerdotes dedicados a la pastoral diocesana. Hoy me reúno con vosotras, religiosas.

LAS RESERVAS ESPIRITUALES DE LA DIOCESIS

He querido que este encuentro siguiese inmediatamente al de ayer. Así tengo oportunidad de acercarme como nuevo Obispo de Roma a quienes constituyen, en cierto modo, las principales reservas espirituales de esta diócesis, que es la primera entre todas las diócesis de la Iglesia, y tener al menos un primer contacto con ellas.

Tengo gran interés en este contacto y en este conocimiento.

¡Habéis venido en gran número! Seguramente ninguna cátedra episcopal del mundo puede contar con tantas.

El cardenal Vicario de Roma me ha informado de que en el territorio de la diócesis hay casi veinte mil religiosas, unas doscientas casas generales y alrededor de quinientas casas provincia-

les de distintas órdenes y congregaciones femeninas.

Estas casas están al servicio de vuestras familias religiosas en el ámbito de la Iglesia entera, o también de provincias que sobrepasan los límites de la ciudad de Roma.

Durante los años de mi ministerio episcopal, me encontré muchas veces con órdenes femeninas (Cracovia es la más rica de Polonia en religiosas), y he podido darme cuenta de cómo desean todas las congregaciones tener una casa, y sobre todo la casa general precisamente, en Roma junto al Papa. Me alegro de ello y os lo agradezco, si bien soy del parecer que deberíais manteneros fieles siempre al lugar de origen, donde está la casa-madre, donde se encendió por vez primera la luz de la nueva comunidad, de una vocación nueva, de una misión nueva en la Iglesia.

VOCACION ECLESIAL

2. Os doy la bienvenida a todas vosotras, religiosas que os habéis reunido hoy aquí. Deseo ante todo saludaros como nuevo Obispo de Roma y deseo deciros cuál es vuestro puesto en esta "Iglesia local", en esta diócesis concreta de la que me estoy preparando a tomar posesión solemnemente el domingo próximo. Basándome en la tradición viva y secular de la Iglesia, en la doctrina reciente del Concilio Vaticano II y también en mis experiencias anteriores de obispo, vengo aquí con la convicción honda de que el vuestro es "un puesto" especial.

DONACION TOTAL AL SEÑOR

Ello resulta de la visión del hombre y de su vocación que Cristo mismo nos ha manifestado. "*Qui potest capere, capiat*: El que pueda entender, que entienda" (Mt 19,12), así dijo El a sus discípulos que le dirigían preguntas insistentes sobre la legislación del Antiguo Testamento y, en particular, sobre la legislación referente al matrimonio. En tales preguntas, así como en la tradición del Antiguo Testamento, iba implícita una cierta limitación de esa libertad de los hijos de Dios que Cristo nos ha traído, y que después recalcó con tanta fuerza San Pablo.

La vocación religiosa es fruto precisamente de esta libertad de espíritu reavivada por Cristo, de la que brota la disponibilidad de la donación total a Dios mismo.

La vocación religiosa se sitúa en la aceptación de una disciplina severa que no dimana de un mandamiento, sino de un consejo evangélico: consejo de castidad, consejo de pobreza, consejo de obediencia. Y todo ello, abrazado conscientemente y radicado en el amor al Esposo divino, constituye de hecho la revelación especial de la profundidad que posee la libertad del Espíritu humano. Libertad de los hijos de Dios: hijos e hijas.

FE VIVA Y COHERENTE

Dicha vocación procede de una fe viva y coherente hasta las últimas consecuencias, que abre al hombre la perspectiva final, o sea, la perspectiva del encuentro con Dios mismo, el único digno de un amor "sobre todas las cosas", amor exclusivo y esponsalicio.

Este amor consiste en la donación de todo nuestro ser humano, alma y cuerpo, a Aquel que se ha dado enteramente a nosotros los hombres mediante la Encarnación, la cruz y la humillación, mediante la pobreza, castidad y obediencia: se hizo pobre por nosotros... para que nosotros fuéramos ricos (cf 2 Cor 8,9).

Así, pues, a partir de la riqueza de la fe viva, toma vida la vocación religiosa. Esta vocación es como la chispa que enciende en el alma una "llama de amor viva", como escribió San Juan de la Cruz. Una vez aceptada, una vez confirmada solemnemente por medio de los votos, esta vocación debe alimentarse continuamente con la riqueza de la fe, no sólo cuando trae consigo gozo interior, sino también cuando va unida a dificultades, aridez, sufrimiento interior, la llamada "noche" del alma.

UN SIGNO DEL "SIGLO FUTURO"

Esta vocación es un tesoro peculiar de la Iglesia que no puede cesar de orar para que el Espíritu de Jesucristo suscite vocaciones religiosas en las almas.

En efecto, para la comunidad del Pueblo de Dios y para el "mundo" éstas son signo viviente del "siglo futuro", signo que al mismo tiempo se enraíza (también mediante vuestro hábito religioso) en la vida diaria de la Iglesia y de la sociedad, e impregna sus tejidos más delicados.

Las personas que han amado a Dios sin reservas tienen capacidad especial para amar al hombre y entregarse a él sin intereses personales y sin límites. ¿Acaso tenemos necesidad de pruebas? Las encontramos en todas las épocas de la vida de la Iglesia y las encontramos también en nuestros tiempos. En el tiempo de mi ministerio episcopal anterior, estos testimonios los encontraba a cada paso. Recuerdo los institutos y hospitales de enfermos gravísimos o de minusválidos. En todas partes, donde ya nadie podía prestar servicio de buen samaritano, siempre se encontraba una religiosa.

VOCACION AL APOSTOLADO

3. Este, claro está, es sólo uno de los campos de acción y un ejemplo, por tanto. Dichos campos son en realidad y sin duda alguna, mucho más abundantes. Pues bien, al encontrarme hoy aquí con vosotras por vez primera, queridas religiosas, deseo deciros ante todo que vuestra presencia es indispensable en toda la Iglesia y especialmente aquí en Roma, en esta diócesis.

PRESENCIA EVANGELICA EN EL MUNDO

Vuestra presencia debe ser para todos un signo visible del Evangelio. Debe ser asimismo fuente de apostolado especial.

Este apostolado es tan vario y rico que hasta me resulta difícil enumerar aquí todas sus formas, sus campos, sus orientaciones. Va unido al carisma específico de cada congregación, a su espíritu apostólico que la Iglesia y la Santa Sede aprueban con alegría, viendo en él la expresión de la vitalidad del mismo Cuerpo místico de Cristo. Generalmente dicho apostolado es discreto, escondido, cercano al ser humano; y por ello cuadra más al alma femenina, sensible al prójimo y, por lo mismo, llamada a la misión de hermana y madre. Es precisamente ésta la vocación que se encuentra en el

"corazón" mismo de vuestro ser de religiosas.

Como Obispo de Roma os pido: sed madres y hermanas espiritualmente de todos los hombres de esta Iglesia que Jesús ha querido confiarme por gracia inefable suya y por su misericordia. Sedlo de todos sin excepción; pero sobre todo de los enfermos, los afligidos, los abandonados, los niños, los jóvenes, las familias en situación difícil... ¡Corred a su encuentro! ¡No esperéis que vengan ellos a vosotros! El amor nos impele a ello. ¡El amor debe buscar! "*Caritas Christi urget nos*: El amor de Cristo nos apremia" (2 Cor 5,14).

NUEVAS VOCACIONES

Y ahora os confío un ruego en este comienzo de mi ministerio pastoral: Comprometeos generosamente a colaborar con la gracia de Dios, a fin de que muchas almas jóvenes acojan la llamada del Señor y fuerzas nuevas vengan a incrementar vuestras filas, para hacer frente a las exigencias crecientes que surgen en los amplios campos del apostolado moderno.

La primera forma de colaboración es ciertamente la invocación asidua al "Dueño de la mies" (cf. Mt 9,38) a fin de que ilumine y oriente el corazón de muchas chicas que "están buscando", las cuales existen ciertamente también hoy en esta diócesis, así como en las demás partes del mundo. Ojalá comprendan que no hay ideal más grande al que consagrar la vida, que el de la entrega total de sí a Cristo para servicio del reino.

DAR UN TESTIMONIO CLARO

Pero hay otra manera no menos importante de favorecer la llamada de Dios, y es el testimonio que irradia de vuestra vida:

— testimonio, ante todo, de coherencia sincera con los valores evangélicos y con el carisma propio del instituto; todo lo que sea ceder al compromiso es una desilusión para quien os está cercano, ¡no lo olvidéis!

— testimonio, luego, de una personalidad humanamente lograda y madura, que sabe entrar en relación con los demás sin preven-

ciones injustificadas ni imprudencias ingenuas, sino con apertura cordial y equilibrio sereno;

— testimonio, en fin, de vuestro gozo, un gozo que se pueda leer en los ojos y en la actitud, además de en las palabras; y que ponga de manifiesto claramente ante quien os ve vuestra seguridad de que poseéis el "tesoro escondido", la "piedad preciosa", cuya adquisición no admite lamentos por haber renunciado a todo, según el consejo evangélico (cf. Mt 13, 44-45).

LOS MONASTERIOS DE CLAUSURA

Y ahora, antes de terminar, quiero dedicar una palabra especial a las queridas religiosas de clausura, a las aquí presentes en este encuentro y a las que se hallan en su clausura austera, escogida por amor especial al Esposo divino.

Os saludo a todas con particular intensidad de sentimientos y visito en espíritu vuestros conventos cerrados en apariencia, pero en realidad tan profundamente abiertos a la presencia de Dios vivo en nuestro mundo humano, y por ello tan necesarios al mundo.

LLAMADA A LA SANTIDAD

Os encomiendo la Iglesia y Roma, os encomiendo los hombres y el mundo. A vosotras, a vuestra oración, a vuestro "holocausto" me encomiendo yo mismo, Obispo de Roma. Estad conmigo, cercanas a mí, vosotras que estáis "en el corazón de la Iglesia". Que en la vida de cada una se realice lo que fue programa de la vida de Santa Teresa del Niño Jesús "in corde Ecclesiae amor ero: en el corazón de la Iglesia seré amor".

Termino así mi primer encuentro con las religiosas de Roma Santa.

En vosotras se perpetúa la siembra singular del Evangelio, expresión peculiar de la llamada a la santidad que recordó últimamente el Concilio en la Constitución sobre la Iglesia.

De vosotras espero mucho. En vosotras confío mucho. Y todo ello deseo encerrarlo y expresarlo en la bendición que os imparto de todo corazón.

Os encomiendo a María, Esposa del Espíritu Santo, Madre del Amor más hermoso.

* * * * *

13.2. DISCURSO A LAS SUPERIORAS GENERALES

En la mañana del 16 de Noviembre de 1978, el Papa Juan Pablo II concedió audiencia a 550 Superioras Generales de Congregaciones Religiosas femeninas que estaban reunidas en Roma para el Encuentro anual de la unión de Superioras Generales. En tal ocasión el Papa habló sobre la misión y el puesto de las religiosas en la Iglesia de hoy.

Queridas hermanas:

Ecce quam bonum et iucundum habitare fratres in unum...
Os gusta este Salmo y lo estáis viviendo en este momento. Se puede decir que han pasado los tiempos en que las congregaciones religiosas se reunían poco por motivos geográficos y tal vez por otros. Alabado sea Dios por ello. Y os felicito también a vosotras, hermanas mías, pues de distintas maneras daís testimonio de un único tesoro, confiado por Cristo mismo a su Iglesia, el tesoro incomparable de los consejos evangélicos.

HACIA UNA "HUMANIDAD NUEVA"

Es cierto que vuestra Unión Internacional de Superioras Generales acaba de salir de la infancia. ¡Sólo tiene trece años! Pero ha producido ya frutos buenos. El nuevo Papa, al igual que su tan benemérito predecesor Pablo VI, que os acogió muchas veces, desea-

ría que produjera aún más frutos. La célebre parábola de la viña y del viñador debe estar presente con frecuencia en mi ánimo y en el vuestro (cf Jun 15, 1-8).

Vuestras reuniones han versado sobre el tema "Vida religiosa y humanidad nueva". Es un tema fundamental, muy antiguo y muy actual.

Si bien todo el Pueblo de Dios está llamado a ser humanidad nueva en Cristo y por Cristo (cf. *Lumen gentium*, 5), los caminos que conducen a esta humanidad nueva o, dicho de otro modo, a la santidad, son diferentes y deben seguir siéndolo. Precisamente el capítulo sexto de la *Lumen gentium* proyecta siempre luz sobre vuestro camino, sin hacer discriminación alguna entre los miembros del Pueblo de Dios, la cual iría en contradicción con el proyecto redentor de Cristo Jesús, proyecto de santidad y unidad para el mundo.

MUJERES, CRISTIANAS, COMPROMETIDAS PARA SIEMPRE EN LA PRACTICA DE LOS CONSEJOS EVANGELICOS

A partir del Concilio, las congregaciones religiosas han prodigado tiempo y medios para profundizar en los valores religiosos esenciales. Los han situado bien en el surco de la consagración primera, ontológica e indeleble, que es el bautismo. Y todas las religiosas se han ido como transmitiendo esta consigna: "¡Seamos primero cristianas!", consigna a la que algunas preferían o añadían esta: "¡Seamos primero mujeres!". Es evidente que la una no excluye a la otra. Estas fórmulas sorprendentes han hallado eco favorable en gran parte del Pueblo de Dios. Pero lo que encierra de positivo tal toma de conciencia, no puede dispensar de una vigilancia continua y avisada.

El tesoro de los consejos evangélicos y el compromiso, maduro y para siempre, a hacer de ellos la "carta" de una existencia cristiana, no pueden ser relativizados por una opinión pública aunque sea eclesial.

EL RADICALISMO PROFETICO DEL SEGUIMIENTO DE CRISTO

La Iglesia y —digámoslo— también el mundo, tienen necesidad más que nunca de hombres y mujeres que lo sacrifiquen todo por seguir a Cristo como los Apóstoles. Y hasta tal punto, que el sacrificio del amor conyugal, de la posesión material y del ejercicio totalmente autónomo de la libertad, resultan incomprensibles sin el amor a Cristo.

Este radicalismo es necesario para anunciar proféticamente —si bien siempre humildemente— esta humanidad nueva según Cristo, totalmente disponible a Dios y totalmente disponible a los otros hombres.

Cada religiosa debe dar testimonio de la primacía de Dios y consagrar cada día un tiempo suficientemente largo a estar delante del Señor, para decirle su amor y, sobre todo, para dejarse amar por El.

Toda religiosa debe transparentar cada día, en su modo de vivir, que ha elegido la sencillez y los medios pobres en todo lo que concierne a su vida personal y comunitaria.

EL SIGNO EXTERIOR Y EL PRECIO REAL DE LA ENTREGA AL SEÑOR

Toda religiosa debe hacer cada día la voluntad de Dios y no la suya, para poner de manifiesto que los proyectos humanos, los suyos y los de la sociedad, no son los únicos planes de la historia, sino que existe un designio de Dios que reclama el sacrificio de la propia libertad.

Este verdadero profetismo de los consejos evangélicos, vivido día a día, y totalmente posible con la gracia de Dios, no es lección orgullosa que se da al pueblo cristiano, sino luz absolutamente indispensable en la vida de la Iglesia —tentada a veces a recurrir a los medios de poder—, e incluso indispensable a la humanidad que va errante por los caminos seductores y decepcionantes del materialismo y del ateísmo.

Y si de verdad vuestra consagración a Dios es una realidad así de profunda, no es algo sin importancia llevar de forma permanente el signo exterior que constituye un hábito religioso, sencillo y adaptado: es el medio para recordaros constantemente a vosotras mismas vuestro compromiso que contrasta con el espíritu del mundo; es un testimonio silencioso pero elocuente; es un signo que nuestro mundo secularizado necesita encontrar en su camino, y que lo desean también muchos cristianos. Os pido que reflexionéis con atención sobre ello.

He aquí, hermanas, el precio de vuestra participación real en el anuncio y edificación de esta "humanidad nueva". Pues el hombre, por encima de los bienes terrenales necesarios para vivir, y por desgracia tan mal repartidos, no puede llenarse más que con el conocimiento y el amor de Dios, inseparables de la acogida y del amor a todos los hombres, sobre todo a los más pobres humana y moralmente.

LA OPTICA CON LA CUAL HA DE REALIZARSE LA RENOVACION

Las búsquedas y todas las transformaciones de vuestras congregaciones deben efectuarse con esta óptica; ¡si no, trabajáis en vano!

Todo ello, hermanas mías, es el ideal al que tendéis personalmente y al que atraéis maternal y firmemente a vuestras compañeras de ruta evangélica.

En la práctica —vosotras lo sabéis mejor que otras— tropezáis de vez en cuando con contingencias inevitables: cambios sociales rápidos de un país, número reducido y envejecimiento de vuestro personal, vientos de búsquedas y experiencias interminables, inquietudes de las jóvenes, etc... Sed acogedoras ante todas estas realidades. Tomadlas en serio, pero jamás trágicamente. Buscad con calma soluciones progresivas, claras, valientes. Permaneciendo las mismas, buscad en unión con las otras.

Por encima de todo, sed hijas de la Iglesia no sólo de palabra, sino con las obras.

FIDELIDAD AL CARISMA FUNDACIONAL Y DIALOGO CON LOS PASTORES DE LA IGLESIA

Con fidelidad siempre renovada al carisma de los fundadores, las congregaciones deben esforzarse efectivamente por corresponder a lo que de ellas espera la Iglesia, a las tareas que la Iglesia con sus Pastores considera más urgente hoy para hacer frente a una misión que tanto necesita de obreros cualificados.

Una garantía de vuestro amor ejemplar a la Iglesia —inseparable del amor a Cristo Jesús— es vuestro diálogo con los responsables de vuestras Iglesias locales, con una voluntad de fidelidad y de entrega a dichas Iglesias; y también vuestras relaciones confiadas con nuestra Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares.

UN INMENSO CAPITAL DE GENEROSIDAD AL SERVICIO DE CRISTO Y DE LOS HOMBRES

Queridas hermanas: El capital de generosidad de vuestras congregaciones es inmenso. Utilizad estas fuerzas con pleno conocimiento de causa. No permitáis que se dispersen desconsideradamente.

Os ruego transmitáis a cada una de vuestras hermanas, cualquiera que sea su puesto en la congregación cuya responsabilidad lleváis, el afecto del Papa y también la esperanza que pone en ella para que se renueve la práctica exigente de los consejos evangélicos con miras al testimonio significativo de todas las comunidades religiosas, cuya fe ardiente, afán apostólico y, claro está, relaciones interpersonales, hagan decir a los que buscan caminos nuevos, en nuestra sociedad harta ya de materialismo, violencia y miedo: "Hemos encontrado un modelo al que imitar...".

Sí, hermanas, siguiendo las huellas de Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Avila entre tantas y tantas otras, podéis hacer ver el puesto que corresponde a la mujer en la misma Iglesia.

ESCUCHAR LA PALABRA DE DIOS Y PONERLA EN
PRACTICA HASTA LA CRUZ, CON ALEGRÍA,
DINAMISMO Y PAZ

Que el Espíritu Santo actúe potentemente en vosotras.

Con María, que le fue completamente dócil, vivid a la escucha de la Palabra de Dios y ponedla en práctica, hasta la cruz.

Que vuestra entrega total a Cristo sea siempre fuente de gozo, dinamismo y paz.

A vosotras y a todas aquellas a quienes representáis, nuestra bendición apostólica.

* * * * *

13.3. DISCURSO A LOS SUPERIORES MAYORES

El 24 de Noviembre de 1978, Juan Pablo II recibió a 90 Superiores Generales de Ordenes y Congregaciones Religiosas que habían celebrado cerca a Roma su Reunión anual. El Papa aprovechó este primer encuentro para ofrecer una serie de orientaciones doctrinales, pastorales y disciplinares.

Queridos hijos:

1. Esta es para mí la primera ocasión de encontrarme con los superiores generales de las Ordenes masculinas, encuentro al que doy una importancia especial.

Cuando os veo aquí reunidos, aparecen ante mis ojos magníficas figuras de Santos, de grandes Santos que dieron origen a vuestras Familias religiosas: Basilio, Agustín, Benito, Domingo, Francis-

co, Ignacio de Loyola, Francisco de Sales, Vicente de Paúl, Juan Bautista de la Salle, Pablo de la Cruz, Alfonso María de Liguorio; y más cercanos a nosotros: José Benito Cottolengo, Juan Bosco, Vicente Pallotti; por no hablar de los más recientes, cuya santidad espera todavía el juicio definitivo de la Iglesia; pero cuyo influjo benéfico viene testimoniado por la multitud de almas generosas que han elegido seguir su ejemplo.

LOS CAMINOS DE LA SANTIDAD

Todos estos nombres —y no he recordado más que algunos— atestiguan que los caminos de la santidad a la que están llamados los miembros del Pueblo de Dios, pasaban y pasan, en gran parte, por la vida religiosa. Y no hay que extrañarse de esto, dado que la vida religiosa está planteada sobre la "receta" más exacta de la santidad, que consiste en el amor realizado según los consejos evangélicos.

Además, cada uno de vuestros fundadores, bajo la inspiración del Espíritu Santo prometido por Cristo a la Iglesia, ha sido un hombre que poseía un carisma particular. Cristo ha tenido en él un "instrumento" excepcional para su obra de salvación, que especialmente en este mundo se perpetúa en la historia de la familia humana. La Iglesia ha asumido poco a poco estos carismas, los ha valorado y, cuando los ha encontrado auténticos, ha dado gracias al Señor por ellos y ha tratado de "ponerlos al seguro" en la vida de comunidad, para que siempre pudieran dar fruto. Lo ha recordado el Concilio Vaticano II, subrayando cómo la jerarquía eclesial, a quien incumbe la tarea de apacentar al Pueblo de Dios y de conducirlo a los mejores pastos, "siguiendo dócilmente el impulso del Espíritu Santo, admite las reglas propuestas por varones y mujeres ilustres, las aprueba auténticamente, después de haberlas revisado, y asiste con su autoridad vigilante y protectora a los institutos erigidos por todas partes para edificación del Cuerpo de Cristo, con el fin de que en todo caso crezcan y florezcan según el espíritu de los fundadores" *Lumen gentium*, 45,1)

Esto es lo que deseo ante todo constatar y expresar duran-

te nuestro primer encuentro. No intento aquí hacer una llamada "al pasado" entendido como un período histórico concluido en sí mismo; intento referirme "a la vida" de la Iglesia en su dinámica más profunda. A la vida tal como se presenta ante nosotros hoy, trayendo consigo la riqueza de las tradiciones del pasado, para ofrecernos la posibilidad de gozar de ellas hoy.

LA AUTENTICA RENOVACION

2. La vocación religiosa es un gran problema de la Iglesia de nuestro tiempo. Precisamente por esto es necesario, ante todo, reafirmar con fuerza que ella pertenece a la plenitud espiritual que el mismo Espíritu —espíritu de Cristo— suscita y forja en el Pueblo de Dios. Sin las Ordenes religiosas, sin la "vida consagrada", por medio de los votos de castidad, pobreza y obediencia, la Iglesia no sería en plenitud ella misma. Los religiosos, en efecto, "con la misma naturaleza de su ser, se sitúan dentro del dinamismo de la Iglesia, sedienta de lo absoluto de Dios, llamada a la santidad. Ellos son testigos de esta santidad. Encarnan a la Iglesia en cuanto deseosa de entregarse al radicalismo de las bienaventuranzas. Con su vida son signo de la total disponibilidad para con Dios, para con la Iglesia y para con los hermanos" (*Evangelii nuntiandi*, 69). Aceptando este axioma debemos preguntarnos, con toda perspicacia, cómo debe ser ayudada hoy la vocación religiosa para tomar conciencia de sí misma y para madurar, cómo debe "funcionar" la vida religiosa en el conjunto de la vida de la Iglesia contemporánea. Siempre estamos buscando —y con toda razón— una respuesta a esta pregunta. La encontramos:

- a) en las enseñanzas del Concilio Vaticano II;
- b) en la Exhortación *Evangelii nuntiandi*;
- c) en las numerosas declaraciones de los Pontífices, de los Síndodos y de las Conferencias Episcopales.

Esta respuesta es fundamental y multiforme. Pero parece que en ella se puntualiza especialmente un postulado: si toda la vida de la Iglesia tiene dos dimensiones, la vertical y la horizontal,

las Ordenes religiosas deben tener en cuenta sobre todo la dimensión vertical!

Es sabido que las Ordenes religiosas siempre han tenido muy en cuenta la dimensión vertical, penetrando en la vida con el Evangelio y dando testimonio de él con el propio ejemplo. Con el Evangelio auténticamente releído: esto es, a base de la doctrina de la Iglesia y con fidelidad a su Magisterio. Así debe ser también hoy. *Testificatio —sic, contestatio— non!* Sobre cada comunidad, sobre cada religioso, pesa una especial corresponsabilidad para la auténtica presencia de Cristo, que es manso y humilde de corazón, en el mundo de hoy —de Cristo crucificado y resucitado—, Cristo entre los hermanos. El espíritu de maximalismo evangélico, que se diferencia de cualquier radicalismo socio-político. El "silencioso testimonio de pobreza y desprendimiento, de pureza y transparencia, de abandono en la obediencia", que están llamados a dar los religiosos, "puede ser a la vez una interpeleación al mundo y a la misma Iglesia, y también una predicación elocuente, capaz de impresionar aun a los no cristianos de buena voluntad, sensibles a ciertos valores" (*Evangelii nuntiandi*, 69,2).

EN LA IGLESIA UNIVERSAL, POR MEDIO DE LA IGLESIA LOCAL

3. El documento común de la Sagrada Congregación para los Religiosos e Institutos Seculares y de la Sagrada Congregación para los Obispos indica cuál debe ser la relación de las órdenes y congregaciones religiosas respecto al Colegio Episcopal, a los obispos de cada diócesis y a las Conferencias Episcopales. Es un documento de gran importancia, al que convendrá dedicar una atención especial en estos próximos años, tratando de ponerse en actitud interior de la máxima disponibilidad, de acuerdo, por lo demás, con aquella docilidad humilde y pronta que debe constituir una nota distintiva del religioso auténtico.

Dondequiera que os encontréis en el mundo, sois por vuestra vocación, "para la Iglesia universal", a través de vuestra misión "en una determinada Iglesia local". Por tanto, vuestra vocación para la Iglesia universal se realiza dentro de las estructuras de la Iglesia local.

Es necesario hacer todo para que "la vida consagrada" se desarrolle en cada una de las Iglesias locales, para que contribuya a su edificación espiritual, para que constituya su fuerza especial. La unidad con la Iglesia universal por medio de la Iglesia local: he aquí vuestro camino.

4. Antes de terminar, permitidme volver sobre un punto que considero fundamental en la vida de cada religioso, cualquiera que sea la Familia a la que pertenece; quiero referirme a la dimensión contemplativa, al compromiso de la oración. El religioso es un hombre consagrado a Dios, por medio de Cristo, en la caridad del Espíritu. Este es un dato ontológico que pide aflorar a la conciencia y orientar la vida, no sólo en beneficio de la persona en particular, sino también para provecho de toda la comunidad, que en las almas consagradas experimenta y saborea de modo muy particular la presencia vivificante del Esposo divino.

Por eso, no debéis temer, queridos hijos, recordar frecuentemente a vuestros hermanos que un rato de verdadera adoración tiene más valor y fruto espiritual que la más intensa actividad, aunque se tratase de la misma actividad apostólica. Esta es la "contestación" más urgente que los religiosos deben oponer a una sociedad donde la eficacia ha venido a ser un ídolo, sobre cuyo altar no pocas veces se sacrifica hasta la misma dignidad humana.

LA DIMENSION CONTEMPLATIVA Y EL COMPROMISO DE LA ORACION

Vuestras casas deben ser sobre todo centros de oración, de recogimiento, de diálogo —personal y comunitario— con el que es y debe ser siempre el primer y principal interlocutor en la laboriosa sucesión de vuestras jornadas. Si sabéis alimentar este "clima" de intensa y amorosa comunión con Dios, os será posible llevar adelante, sin tensiones traumáticas o peligrosas dispersiones, la renovación de la vida y de la disciplina a que os ha comprometido el Concilio Vaticano II. El alma que vive en contacto habitual con Dios y se mueve dentro del ardiente rayo de su amor, sabe defenderse con facilidad de la tentación de particularismos

y antítesis, que crean el riesgo de dolorosas divisiones; sabe interpretar a la justa luz del Evangelio las opciones por los más pobres y por cada una de las víctimas del egoísmo humano, sin ceder a radicalismos socio-políticos, que a la larga se manifiestan inoportunos, contraproducentes y generadores ellos mismos de nuevos atropellos; sabe acercarse a la gente e insertarse en medio del pueblo, sin poner en cuestión la propia identidad religiosa, ni oscurecer la "originalidad específica" de la propia vocación que deriva del peculiar "seguimiento de Cristo", pobre, casto y obediente.

He aquí, queridos hijos, las reflexiones que me urgía proponer a vuestra consideración en este nuestro primer encuentro. Estoy seguro de que os preocuparéis de transmitir las a vuestros hermanos, enriqueciéndolas con la aportación de vuestra experiencia y de vuestra sabiduría.

EL EJEMPLO DE LA VIRGEN

Que la Virgen Santa os asista en vuestro delicado deber. Ella, a quien me predecesor Pablo VI, de venerada memoria, en su Exhortación Apostólica *Marialis cultus*, señalaba como la Virgen oyente, la Virgen en oración, la Virgen que ha engendrado a Cristo y lo ofrece por la salvación del mundo, permanece como modelo insuperable de cada vida consagrada. Que Ella sea vuestra guía en la ascensión fatigosa, pero fascinante, hacia el ideal de la plena semejanza con Cristo Señor.

Uno mi saludo con mi bendición apostólica.

14. VIRGEN MARIA

LA VIRGEN INMACULADA, MADRE DE DIOS Y

MADRE DE LA IGLESIA

Siguiendo la costumbre de sus predecesores, el Papa Juan Pablo II visitó el 8 de Diciembre de 1978 la Plaza España para rendir homenaje a la Virgen Santísima, ante el monumento dedicado por Pío IX a Nuestra Señora, como recuerdo de la definición del dogma de su inmaculada concepción. Se dirigió luego a la Basílica de Santa María la Mayor, donde celebró la Santa Misa y pronunció la siguiente homilía:

1. Mientras cruzo el umbral de la basílica de Santa María la Mayor, por primera vez, como Obispo de Roma, se me presenta ante los ojos el acontecimiento que viví aquí, en este mismo lugar, el 21 de noviembre de 1964. Era la clausura de la III Sesión del Concilio Vaticano II, después de la solemne proclamación de la Constitución Dogmática sobre la Iglesia, que comienza con las palabras *Lumen gentium* (Luz de las gentes). Ese mismo día el Papa Pablo VI había invitado a los padres conciliares a encontrarse precisamente aquí, en el más venerado templo mariano de Roma, para manifestar el gozo y la gratitud por la obra terminada en aquel día.

LA DOCTRINA DEL CONCILIO Y DE PABLO VI

La Constitución *Lumen gentium* es el documento principal del Concilio, documento "clave" de la Iglesia de nuestro tiempo, piedra angular de toda la obra de renovación que el Vaticano II emprendió y de la que trazó las directrices.

El último capítulo de esta Constitución lleva como título: "La Santísima Virgen María Madre de Dios en el misterio de Cristo y de la Iglesia". Pablo VI, hablando aquella mañana en la basílica de San Pedro, con el pensamiento fijo en la importancia de la doc-

trina expresada en el último capítulo de la Constitución *Lumen gentium*, llamó por primera vez a María "Madre de la Iglesia". La llamó así de modo solemne, y comenzó a llamarla con este nombre, con este título; pero, sobre todo, a invocarla para que participase como Madre en la vida de la Iglesia, de esta Iglesia que, durante el Concilio, tomó conciencia más profunda de su propia naturaleza y de su propia misión.

Para dar mayor realce a la citada expresión, Pablo VI, junto con los padres conciliares, vino precisamente aquí, a la basílica de Santa María la Mayor, donde desde hace tantos siglos María está rodeada de particular veneración y amor, bajo la advocación de *Salus Populi romani*.

2. También yo vengo aquí, siguiendo las huellas de este gran predecesor, que fue para mí un verdadero padre. Después del solemne acto de la plaza de España, cuya tradición se remonta al 1856, llego aquí secundando la cordial invitación que me hicieron el eminentísimo arcipreste de esta basílica, el cardenal Confalonieri, Decano del Sacro Colegio, y el cabildo entero.

EL MOMENTO CULMINANTE DE LA HISTORIA DE LA SALVACION

Pero pienso que, juntamente con él, me invitan a venir aquí todos mis predecesores en la Cátedra de San Pedro: el Siervo de Dios Pío XII, el Siervo de Dios Pío IX; todas las generaciones de romano; todas las generaciones de cristianos y todo el Pueblo de Dios. Parecen decirme: ¡Ve! Honra el gran misterio escondido desde la eternidad en Dios mismo. ¡Ve, y da testimonio de Cristo, Salvador nuestro, Hijo de María! Ve, y anuncia este momento tan especial; el momento que señala en la historia el rumbo nuevo de la salvación del hombre.

Este momento decisivo en la historia de la salvación es precisamente la "Inmaculada Concepción". Dios en su amor eterno eligió desde la eternidad al hombre: lo eligió en su Hijo. Dios eligió al hombre para que pueda alcanzar la plenitud del bien, mediante la participación en su misma vida: Vida divina, a través de la gracia.

Lo eligió desde la eternidad, e irreversiblemente. Ni el pecado original, ni toda la historia de culpas personales y de pecados sociales han podido disuadir al Eterno Padre de este plan de amor. No han podido anular la elección de nosotros en el Hijo, Verbo consustancial al Padre. Porque esta elección debía tomar forma en la Encarnación y porque el Hijo de Dios debía hacerse hombre por nuestra salvación; precisamente por eso el Padre Eterno eligió para El, entre los hombres, a su Madre. Cada uno de nosotros es hombre por ser concebido y nacer del seno materno. El Padre Eterno eligió el mismo camino para la humanidad de su Hijo Eterno. Eligió a su Madre del pueblo al que, desde siglos, había confiado particularmente sus misterios y promesas. La eligió de la estirpe de David y al mismo tiempo de toda la humanidad. La eligió de estirpe real y a la vez de entre la gente pobre.

La eligió desde el principio, desde el primer momento de su concepción, haciéndola digna de la maternidad divina, a la que sería llamada en el tiempo establecido. La hizo la primera heredera de la santidad de su propio Hijo. La primera entre los redimidos con su Sangre, recibida de Ella, humanamente hablando. La hizo inmaculada en el momento mismo de la concepción.

La Iglesia entera contempla hoy el misterio de la Inmaculada Concepción y se alegra en él. Este es un día singular en el tiempo de Adviento.

EL PRIMADO DE AMOR EN LA VIDA DE LA HUMANIDAD

3. La Iglesia romana exulta con este misterio y yo, como nuevo Obispo de esta Iglesia, participo por vez primera de tal alegría.

Por eso deseaba tanto venir aquí, a este templo, donde desde hace siglos María es venerada como *Salus Populi romani*. Este título, esta advocación, ¿no nos dice, quizá, que la salvación (*salus*) ha sido herencia singular del pueblo romano (*populi romani*)? ¿No es ésta, quizá, la salvación que Cristo nos ha traído y que Cristo, El sólo, nos trae constantemente? Y su Madre, que precisamente como Madre, ha sido redimida de modo excepcional "más eminente"

(Pablo VI, *Credo*), por El su Hijo, ¿no está llamada Ella, quizá —por El, su Hijo—, de modo más explícito, sencillo y poderoso a la vez, a participar en la salvación de los hombres, del Pueblo romano, de toda la humanidad?

María está llamada a llevar a todos al Redentor. A dar testimonio de El, aun sin palabras, sólo con el amor, en el que se manifiesta "la índole de la madre". A acercar incluso a quienes oponen más resistencia, para los que es más difícil creer en el amor; que juzgan al mundo como un gran campo "de lucha de todos contra todos" (como ha dicho uno de los filósofos del pasado). Está llamada para acercar a todos, es decir, a cada uno, a su Hijo. Para revelar el primado del amor en la historia del hombre. Para anunciar la victoria final del amor. ¿Acaso no piensa la Iglesia en esta victoria cuando nos recuerda hoy las palabras del libro del Génesis: "Este (el linaje de la mujer) aplastará la cabeza de la serpiente" (cf. Gén 3,15)?

SIGNO DE ESPERANZA

4. *Salus Populi romani*

El nuevo Obispo de Roma cruza hoy el umbral del templo mariano de la Ciudad Eterna, consciente de la lucha entre el bien y el mal, que invade el corazón de cada hombre, que se desarrolla en la historia de la humanidad y también en el alma del "pueblo romano". He aquí lo que a este respecto nos dice el último Concilio: "Toda la historia humana está invadida por una tremenda lucha contra el poder de las tinieblas que iniciada desde el principio del mundo, durará hasta el último día, como dice el Señor. Metido en esta batalla el hombre debe luchar sin tregua para adherirse al bien, y no puede conseguir su íntima unidad sino a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de Dios" (*Gaudium et spes*, 37).

Y por esto el Papa, en los comienzos de su servicio episcopal en la Cátedra de San Pedro en Roma, desea confiar la Iglesia de modo particular a Aquella en quien se ha cumplido la estupenda y total victoria del bien sobre el mal, del amor sobre el odio, de la gracia sobre el pecado; a Aquella de quien dijo Pablo VI que es "inicio del mundo mejor", a la Inmaculada. El Papa confía a la Vir-

gen su propia persona, como siervo de los siervos, y le confía a todos a quienes sirve y a todos los que sirven con él. Le confía la Iglesia romana, como prenda y principio de todas las Iglesias del mundo, en su universal unidad. ¡Se la confía y se la ofrece como propiedad suya!

Totus tuus ego sum et omnia mea tua sunt. Accipio Te in mea omnia (Soy todo tuyo, y todas mis cosas tuyas son. Sé Tú mi guía en todo).

Con este sencillo y a la vez solemne acto de ofrecimiento, el Obispo de Roma, Juan Pablo II, desea reafirmar una vez más su propio servicio al Pueblo de Dios, que no puede ser otra cosa que la humilde imitación de Cristo y de Aquella que dijo de Sí misma: "He aquí a la sierva del Señor" (Lc 1,38).

Sea este acto signo de esperanza, como signo de esperanza es el día de la Inmaculada Concepción sobre la perspectiva de todos los días de nuestro Adviento.